

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
SERIE ESPECIAL

Kean  
Ladd

# Calcutta

Gail  
RUSSEL

William  
BENDIX



Editorial Atlas





PRINTED BY THE  
CALCUTTA LITHOGRAPH CO.  
CALCUTTA



---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

**ARTES GRÁFICAS ESTILO**  
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 77  
**BARCELONA**

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

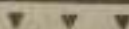
Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70857  
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbarrá, 16, Barcelona - Torrero, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS



AÑO XVII

SERIE ESPECIAL

NUM. 152

NUM. 401

## CALCUTA

CALCUTA, una gran película de impresionante realismo, que se desarrolla en un ambiente exótico, y que pone al descubierto los manejos de una peligrosa banda.

Alan Ladd, el favorito de tantas mujeres, se manifiesta en ella como el más alto exponente de la amistad. Ni la belleza de una mujer, ni los peligros que le acechan pueden hacerle desviar de su camino.

PRODUCCION

UNITED  
ARTISTS

DISTRIBUIDA POR

Producciones  
Cinematográficas

Rambla Cataluña, 62 - BARCELONA



# PRINCIPALES INTERPRETES

Neal Garrett . . . . .	Alan Ladd
Virginia Moore . . . . .	Gail Russell
Peter Blake . . . . .	William Bendix
Marina Tanov . . . . .	June Duprez
Erie Lasser . . . . .	Lowell Gilmore
Mul Raj Malik . . . . .	Paul Sing
Bill Cunningham . . . . .	John Whitney

# CALCUTA

Director:

**JOHN FARROW**



Narración literaria:

**Allredo de Heredia**

PRODUCCION  
**UNITED  
ARTISTS**

---

---

## CALCUTA

El avión número 17649, pilotado por Bill Cunningham, acababa de aterrizar en el aeródromo de Dingham, procedente de la ciudad de Calcuta.

Saltó el piloto de su cabina, y después de ordenar a los empleados del aeródromo que descargaran cuanto antes la mercancía —pues tenía necesidad urgente de regresar de nuevo a Calcuta—, se dirigió corriendo hacia el puesto del radiotelegrafista, situado en la barraca del campo.

—¡Hola, David! —exclamó al entrar.

—Hola, señor Cunningham.

El piloto llevaba una cinta de esparadrapo al lado mismo del ojo izquierdo. David, al observarlo, inquirió:

—Ah. Sí... —respondió Cunningham sin darle importancia—. Tuve un pequeño accidente. Figúrate que tropecé con un elefante.

Cunningham no perdía nunca el buen humor. David sonrió ante la ocurrencia del piloto; pero pensó para sus adentros que algo le había pasado, pues no ignoraba que Bill era un muchacho muy atrevido y muy audaz y que, sin ser de carácter pendenciero, tampoco permitía que le gastaran bromas pesadas o que intentaran perderle el respeto.

—Dime, David —preguntó al telegrafista—, ¿tienes noticias de Neale y Peter?

Neale Garret y Peter Blake eran sus más íntimos amigos. Los tres se querían entrañablemente, y uno hubiera sido capaz de jugarse la vida en defensa del otro. Neale y Peter eran pilotos, como él, y pertenecían a una línea civil de transporte de viajeros. En aquellos momentos, los amigos de Bill Cunningham se hallaban en pleno vuelo.

—No dijeron nada —respondió David, el telegrafista, a la pregunta de Bill—. A estas horas deben estar sobre las crestas. Me comunicaré con ellos. Aquí Digham que llama al avión número 1-7-6-5-0. Oiga, 1-7-5-6-0. ¿Sí? ¿Cuál es su posición?

Neale, desde la cabina de dirección, en la que también había ocupado su puesto el otro piloto, Peter Blake, respondió que se encontraban a veinte minutos del paso más difícil de la travesía.

—Descendemos a nueve mil —comentó, para preguntar luego—: ¿Dónde está Cunningham?

Cunningham tomó el aparato y se puso en comunicación con sus amigos:

—Oye, ¿no tenéis miedo de estar rodeados de esos grandes picos que se apuntan amenazadores?

Peter le contestó que estaban tan nerviosos «que se mordían mutuamente las uñas».

—Escuchad —continuó Bill Cunningham—. Me marcho ahora mismo a Calcuta. Así que no se os olvide venir a la fiesta que doy el martes por la noche. Es muy importante para mí y, desde luego, para vosotros. Allí nos veremos, ¿no es eso?

—De acuerdo. No faltaremos —respondieron al unísono Neale y Peter.

Apenas hubieron terminado de pronunciar la frase, cuando se produjo un formidable estallido: acababa de explotar el motor de estribor del avión que pilotaban.

Al darse cuenta de la gravedad de la situación, Neale ordenó a los demás tripulantes del aparato que tiraran el cargamento. Mientras aquéllos lo hacían apresuradamente, el piloto comunicó

al radiotelegrafista del aeródromo de Dinham lo que les estaba sucediendo.

—¿Dónde estáis? —les preguntó Bill, que continuaba al lado de David en el puesto de radiotelegrafía.

—Por los montes Naga —respondió Neale.

—Pues mucho cuidado en sortear los picachos.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

Peter Blake comentó, irónico:

—Son francamente hermosos, pero jamás pude imaginar que tendría que verlos tan próximos.

Afortunadamente, a poca distancia del lugar donde les había estallado el motor se encontraba un campo de aterrizaje, y muy cerca de allí varios indios en su improvisado campamento.

Neale Garret, expertísimo piloto, descendió con cuidado y pudo ganar tierra sin que el accidente tuviera ninguna complicación.

—Bill —continuó diciendo a su amigo—, ya hemos podido aterrizar. Mándanos un mecánico y un eje nuevo.

Bill Cunningham, dispuesto siempre a servir a sus compañeros, se dispuso a coger el avión para auxiliar a Neale y Peter, aislados entre montañas inmensas.

Mientras los dos aviadores intentaban reparar la avería, auxiliados por los indios del próximo campamento, que habían acudido a ayudarles, se oyó el ruido de un motor. Era Bill que se acercaba.

—¡Hombre! —exclamó Peter al ver el rostro jovial de su amigo, asomado en la ventanilla de la cabina—. ¡Por fin llega...!

Cuando Cunningham saltó del avión, los dos amigos corrieron a recibirle.

—¡Cuánto has tardado, Bill!

—¿Y a eso le llamas gratitud? Precisamente esta noche tenía una cita muy importante en Calcuta, y aquí me tenéis, dejándolo todo para sacaros de este nuevo lío... Os traigo un grupo flamante. A ver si volvéis a estropearlo.

Los tres encendieron un cigarrillo. Durante el viaje habían agotado las existencias de tabaco. Luego, al darse cuenta del es-

paradrapo que Bill llevaba en el rostro, junto a su ojo izquierdo, Peter exclamó:

—¿Te has peleado otra vez? ¿Dónde te han puesto un ojo así?

—No es nada —respondió Bill—. Dejemos eso. Os llevaré al pueblo y os serenaréis bebiendo un buen trago.

—¡Oh, de ninguna manera! —exclamó Peter, enemigo de incidentes desagradables—. En el pueblo hay un montón de cosecheros de té que gastan bromas muy pesadas...

—Sí —corroboró su compañero Neale—. Esta noche no estamos de humor para que nos metas en nuevos líos.

—No temáis nada. Charlaremos tranquilamente; tengo que contaros muchas cosas y muy interesantes, al menos para mí.

—¿Qué te parece, Neale? —consultó Peter—. ¿Vamos o no vamos?

—Está bien. Iremos, pero yo sólo tomaré cerveza.

Una vez terminada la reparación, los tres amigos montaron en sus aviones y se dirigieron al pueblo más próximo.

Entraron en el bar, se lavaron un poco y se dispusieron a charlar y beber un rato.

—Bueno, ya estamos en familia —comentó Neale—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que explicarnos?

—Pues que antes de que llegaseis a Calcuta, quería deciros que voy a dar una fiesta con motivo de un gran acontecimiento.

—¡Ah, ya lo veo! Se trata de una muchacha. ¿Quién es?

—Lo habéis adivinado. Es fantástico. En efecto, muchachos, me voy a casar.

—¿Que te vas a casar, dices? ¿Lo has oído, Peter?

—Sí, Neale. Dice que se va a casar. Pero yo me pregunto, ¿por qué te vas a casar, Bill?

—Acaso os parezca muy extraño, pero la verdad es que estoy enamorada.

Peter se formalizó y, dirigiéndose muy serio a Bill, le dijo:

—Mira, Bill, durante mucho tiempo te hemos sacado de no pocos enredos; pero ahora te decimos que no tienes necesidad ni derecho de meterte en uno como éste.

—Os aseguro que esta vez os equivocáis. Ella es una mucha-

cha estupenda, que pertenece a una buena familia residente en los Estados Unidos.

Tan convencido parecía estar Bill de lo que decía, que sus dos amigos no quisieron insistir. Neale se limitó a comentar:

—¡Vaya día!

Y Peter, que compartía los sentimientos de su amigo, confirmó la frase:

—Día completo. Uno menos en el trío inseparable.

—No lo creáis —comentó Bill, con ánimo de tranquilizar a sus viejos y entrañables amigos. Ella sabe la vida que llevamos y nunca intentará separarme de vosotros.

—¡Conque no querrá separarnos! —saltó, indignado, Neale—. Vamos, Bill, no seas tonto. Ya has tratado a bastantes mujeres para saber lo que todas ellas desean: una vida tranquila y un hogar. Si alguno de nosotros escoge algún día este camino, tú ya sabes que...

En aquel momento pasó por delante de la mesa que ocupaban los tres amigos un cosechero de té de los que frecuentaban el local. Bill Cunningham había alargado demasiado su pierna derecha, de modo que el hombre tropezó y estuvo a punto de caerse tan largo como era. Indignado, reprochó al aviador:

—¿Por qué no pone los pies debajo de la mesa?

—Lo siento, encanto —comentó, irónico y burlón, el interpelado.

—Muy gracioso, ¿eh? Me dan ganas de hacerte tragar esa sonrisita.

Bill Cunningham se levantó y, después de excusarse ante sus amigos, exclamó, dirigiéndose al cosechero:

—Decías que...

—Me parece haber dicho lo suficiente.

Pero, por lo visto, eso bastaba, porque descargó un violento puñetazo en el rostro de Bill. Inmediatamente, Neale y Peter se levantaron, dispuestos a defender a su amigo de la brutal acometida del cosechero; pero, por su parte, también se levantaron los contertulios del agresor, instalados en una de las mesas del local.

Y sucedió lo que era de esperar: una verdadera batalla cam-

pal. Mientras uno de los partidarios del cosechero atacaba a Neale, surgía Peter y golpeaba al atacante. Los tres aviadores eran audaces y valientes y consiguieron que sus adversarios se batieran en retirada, con los rostros hinchados. El cosechero y sus amigos se marcharon del bar y Peter y Neale acudieron a auxiliar a Bill Cunningham, que había caído de bruces al suelo, a causa de un certero puñetazo de uno de sus rivales.

Por fortuna, no era nada grave.

—Día completo — se limitó a comentar Neale.

—¿Dónde están aquellos tipos? — preguntó Bill, dispuesto a continuar la lucha.

—No te preocupes; se han marchado. Anda, serénate y descansa.

—A ver si te serena un buen trago — comentó, riendo, el bueno de Peter, mientras le rociaba el rostro de cerveza.

Bill se levantó, apoyándose en sus amigos.

—¿No lo ves, Bill? — hizo observar Neale—. Tú no necesitas una mujer; a ti te conviene una niñera.

Repuesto de la caída, Bill Cunningham se dispuso a salir para ir a tomar el avión. Aquella noche tenía prisa, pues le estaban esperando en Calcuta.

—Pero, ¿tú crees que estás en condiciones de volar? — preguntó Neale, intranquilo.

—Claro que sí. En seguida me repondré. Siento mucho lo que ha pasado. Pero... ¡si aun tengo que contáros todo lo de Jinny...!

Los tres iban andando hacia el avión de Bill.

—Supongo que nos la vas a presentar.

—Desde luego; pero ahora me refiero a mis planes, a nuestros planes. El martes por la noche se celebrará nuestro compromiso en el «Chalgani».

—Está bien, Bill. Estaremos allí. Y ahora, ya te puedes marchar.

Habían llegado al campo de aviación.

—Esta noche hemos quedado bien hartos de ti.

Bill, que había subido al aparato y que continuaba hablando

con sus compañeros desde la cabina, exclamó, al verles con el rostro tan preocupado:

—¡Lárgatel — gritó Peter, francamente disgustado por la noticia que Bill Cunningham acababa de darles.

—Os espero sin falta. No lo olvidéis.

El motor del avión que pilotaba Bill comenzó a roncár. Pocos instantes después emprendía el vuelo hacia Calcuta.

Peter y Blake estuvieron un rato contemplándolo. Luego se miraron y, con la emoción reflejada en el semblante, el primero balbuceó:

—¿No tendremos que celebrarlo también nosotros? Nos acabaremos la cerveza.

Neale sacó un abridor y destaparon la botella que se habían llevado del bar.

**BILL HA SIDO ASESINADO**

Neale y Peter llegaron al aeródromo de Calcuta, pilotando su avión número 17649. Mientras Peter se entretenía charlando con algunos empleados del campo, Neale se dirigió a las oficinas, pues acababan de comunicarle que el jefe quería hablar con él.

—Hola, Neale —exclamó el jefe al verle entrar—. Pase y siéntese. He oído decir que se divertieron en Sadiugar.

—En efecto. Y opino que esa ruta podría desviarse unos quinientos pies, para que resultase menos peligrosa.

—Me alegro de que hayáis regresado sanos y salvos. ¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias. Diga, jefe, ¿qué sucede?

El rostro del jefe adquirió una grave expresión.

—Tengo malas noticias que darle, Neale. Son de Bill Cunningham...

—¿Qué le ha sucedido a Bill?

—El pobre murió anoche —murmuró el jefe.

—¿Estrellado?

—No; fué aquí, en el pueblo. Le encontraron muerto en un solar situado al lado del Gran Bazar.

—¿Cómo le asesinaron?

—Murió estrangulado. Ha sido un «pasia», uno de esos indios que matan con dogal. Cuando encontraron el cadáver, lo tenía todavía alrededor del cuello.

Neale recordó la conversación que unas horas antes habían tenido él y Peter con su entrañable compañero.

—¿Sabe usted algo de la chica con quien Bill se iba a casar? —preguntó Neale a su jefe.

—No; no sabía nada de eso.

El muchacho reflexionó unos instantes, los suficientes para trazar su plan, y luego decidió:

—Voy a tomarme unos días de vacaciones.

—No se preocupe, Neale —replicó Collins—. La policía lo averiguará todo.

—No, mister Collins. Necesito averiguarlo personalmente, con la ayuda de Peter.

—No olvidéis que necesito a uno de vosotros para pilotar mañana el avión de pasajeros a Chung-King. Decidid vosotros mismos quién lo hará.

—Peter —determinó Neale, y se dispuso a salir de la estancia.

—Neale —murmuró Collins antes de que el muchacho se marchara—, comprendo su disgusto por lo sucedido; pero si da con el asesino, dele su merecido y entréguelo a la policía. Tengo pocos pilotos y sentiría tener que prescindir de alguno de ellos durante unos días.

Neale se despidió con un saludo breve y cortés de mister Collins. Estaba verdaderamente impresionado.

Pocos minutos después, Peter y Neale se hallaban en el depósito de cadáveres de Calcuta. Allí estaba el cuerpo inerte de Bill Cunningham. El inspector de policía que les acompañaba cuidó de descubrir el rostro del infortunado aviador.

—¡Es horrible! —exclamaron Peter y Neale—. Para matarle, debieron ponerle el dogal por detrás. ¿No es cierto, inspector?

—Sí. Eran ustedes íntimos amigos, ¿no? ¿Vivían en el mismo hotel?

—En efecto, desde que nos trasladaron de Chung-King.

Con el paso lento, incierto, como si les supiera mal dejar a su compañero tan solo en el depósito de cadáveres, Neale y Peter se dirigieron a la puerta sin dejar de volverse hacia el lugar donde reposaba el cuerpo de su compañero.

Pero era preciso reaccionar; era necesario iniciar las averiguaciones para dar con el criminal. ¿Por dónde empezarían? En la mente de los dos amigos se iba trazando el plan de acción. Los dos recordaban que Bill les había dicho que celebraría en el restaurante Chalgani la fiesta de su compromiso matrimonial. Y allí se dirigieron Peter y Neale.

Cuando entraron en el cabaret, Tarina Taney, cancionista rusa, se hallaba en el centro de la pista interpretando una de sus creaciones. Marina, que conocía a los aviadores y que estaba un tanto enamorada de Neale, se dió inmediatamente cuenta de su presencia en el local. Cuando hubo terminado la canción, se dirigió hacia la mesa que ellos ocupaban.

—Hola, Marina— musitó Neale.

—¿Ya sabéis lo de Bill?

—Sí, Marina.

—Yo lo supe esta tarde, cuando vi cómo quitaban la mesa preparada para la fiesta. Bill me había pedido que cantara su canción favorita. Por eso he querido cantarla hoy.

Marina Taney era una muchacha deliciosa. Si su rostro era fino y delicado, la dulce expresión de sus ojos revelaba una infinita bondad. Ella quería a Neale, y aun cuando no ignoraba que éste era poco constante con las mujeres y que su apariencia denotaba indiferencia y frialdad, se resignaba a esperar.

—¿No tienes idea de quién pudo asesinarlo? —preguntó Neale—. Dime, Marina, ¿quién es la mujer con la que Bill iba a casarse?

—Es una chica estupenda. Se llama Virginia Moore y es americana. Anoche estuvieron aquí juntos planeando la fiesta. Del modo con que lo preguntas, das a entender que sospechas de ella.

—Nada de eso, Marina. ¿La habías visto antes? —Insistió Neale.

—No.

—¿Sabes dónde vive?

—En vuestro hotel, en el Imperial. Ha estado aquí para rogar al señor Lasser, dueño del local, que suspendiera la proyectada fiesta.

—¿Está aquí mister Lasser?

—Creo que sí. En la sala de juego o en su oficina.

Neale se dispuso a levantarse para ir en busca de mister Lasser. Peter se quedó en la mesa, haciendo compañía a Marina. Al observar que ésta miraba con infinita ternura a su compañero, no pudo evitar decirle:

—Marina, es lástima que una chica tan buena como tú pierda el tiempo pensando en Neale. Desde luego, es el muchacho más noble que he conocido en este mundo; pero cuando se trata de mujeres, es muy variable. Genio y figura hasta la sepultura. Estoy seguro de que no cambiará.

—Yo no deseo que Neale cambie de carácter —murmuró Marina, con la mirada nostálgica.

—¿Por qué no tratas de olvidarlo? —insistió Peter con la mejor intención.

—No tengo por qué hacerlo. Neale me gusta tal como es.

—De acuerdo, Marina. Perdona un momento. Neale está tan disgustado por lo que ha sucedido a Bill, que será mejor que me vaya con él.

Peter se alejó de la mesa y Marina dirigióse a su camerino para cambiarse de vestido.

\* \* \*

Cuando Neale y Peter entraron en la sala de juego, cuya atmósfera estaba enrarecida por el humo del tabaco de todas las marcas, mister Lasser se hallaba en una de las mesas tratando de convencer a un jugador de que se quejaba sin razón del proceder de un «croupier». Con el tono suave, irónico, persuasivo y al mis-

mo tiempo envuelto de una cierta amenaza, logró su objetivo: que el cliente poco comprensivo abandonara el local.

Sin dejar su sonrisa, Lasser se dirigió hacia Neale, a quien ya conocía como cliente y como íntimo amigo de Bill Cunningham.

—¿Quiere hablar usted conmigo, mister Garrett? —le preguntó.

—En efecto.

En aquel mismo instante se presentó Malik, un indio cuya indumentaria y cuyas sortijas le revelaban como un hombre de dinero. Malik era un tipo físicamente antipático, repulsivo. La tonalidad de su voz contribuía más aún a dar la idea de que se trataba de un sujeto en todos sentidos peligroso y temible.

Lasser hizo las presentaciones:

—Estos caballeros son aviadores de la línea de Chung-King. Y este señor se llama Malik.

Luego, dirigiéndose a Peter y a Neale, exclamó:

—Siento mucho lo sucedido a su amigo Bill. Anoche estuve hablando con él para ultimar los detalles de la fiesta que debía dar aquí.

—Sí, precisamente es eso lo que le queríamos preguntar. ¿Quién ordenó la suspensión? —inquirió Peter.

—La señorita con la que él debía casarse. Telefonó esta mañana. Se llama Moore, Virginia Moore.

—¿La conoce usted, señor Lasser — preguntó Neale.

—No.

—¿Virginia Moore? — interrumpió Malik.

—Sí. ¿La conoce usted?

—Por desgracia, no, señor. Pero al verla cruzar el vestíbulo del Hotel Imperial sentí no conocerla personalmente. Es joven, simpática y bella.

—Gracias por su información, señor Malik. Buenas noches.

Peter y Neal se marcharon de la sala de juego para abandonar luego el local y dirigirse al Hotel Imperial, en el que se alojaban tanto ellos como la hasta entonces misteriosa Virginia Moore.

—¡Caramba! Llegan ustedes muy temprano — comentó el encargado del hotel.

—Sí, en efecto. Díganos usted, ¿qué número tiene la habitación de la señorita Virginia Moore?

—Son ustedes extraordinarios. Tan pronto como entran, ya saben el nombre de las nuevas clientes del hotel.

—¿Nueva? — inquirió Peter, algo extrañado.

—Sí, llegó hace tres días. Pero supongo que no habrá inconveniente en que les dé el número de su habitación, pues estoy seguro de que si no lo hiciese, también se enterarían ustedes. Está en la 312. Pero..., ¿y su amigo Cunningham? ¿Dónde está?

—No vendrá esta noche — se limitó a responder Peter, mientras seguía a Neale en dirección a la escalera del hotel.

En la habitación 312 no había nadie. Peter y Neale llamaron varias veces inútilmente.

—Volveré más tarde — exclamó Neale, decepcionado.

Sólo él podía volver, pues Peter tenía que marcharse aquella misma noche en el avión que iba a Chung-King. Neale se encargaría de realizar las averiguaciones para localizar al asesino de Bill y darle su merecido.

Mientras Neale se paseaba nerviosamente por el vestíbulo del hotel, en espera de que llegara Virginia Moore, Peter se encontraba en el campo de aviación dispuesto a emprender el vuelo.

Cuando el motor estaba ya en marcha y las puertas destinadas a la subida de los viajeros acababan de ser cerradas, llegó apresuradamente uno de ellos. Era mister Malik. De un brinco saltó al interior del aparato, mientras Peter, asomado a la ventanilla de su cabina, podía contemplar perfectamente su rostro.

—Pero si es mister Malik, el que acaba de presentarnos el señor Lasser...

El avión emprendió la marcha hacia los aires. Apenas había volado diez minutos, cuando Peter llamó a una de las camareras del avión.

—Dígame usted, señorita, ¿conoce usted al viajero que acaba de subir?

—Le vi una vez en otro viaje. Hace un mes aproximadamente. ¿Es algún hombre importante?

—No —contestó haciendo ver que bromeaba, aunque en realidad no estuviera de muy buen humor—. Es que quería casarme con él para conseguir uno de esos anillos que lleva.

Y dirigiéndose a su ayudante, Peter le rogó que se hiciera cargo de la dirección del aparato.

—Vuelvo en seguida.

Pocos instantes después el piloto se hallaba en presencia de mister Malik, quien, sentado en su confortable butaca, leía tranquilamente una revista.

—Me alegro mucho de que viaje usted con nosotros, mister Malik.

—Ah, ¿es usted mi capitán, señor Blake?

—Espero no ocasionarle ninguna inquietud...

—No, ya nada me inquieta en este mundo, ni en el otro. Por otra parte, no ignoro que es usted un excelente aviador.

—En atención a sus amables palabras tendremos que esmerar el servicio. ¿Se dirige usted a Chung-King?

—Usted ya lo sabe. Sin duda se lo habrá dicho la camarera.

—Veo que es usted un buen observador.

—Probablemente es una característica de mi raza. Adivino más de lo que veo. En fin, puesto que nos hemos encontrado aquí, espero que me visitará usted algún día. Tengo una oficina de exportación e importación de minerales y aceites en Chung-King. Tomaremos unas copas.

Peter volvió a la cabina para seguir pilotando el avión.

## VIRGINIA MOORE

Neale volvió a llamar a la puerta de la habitación 312. Su espera fué inútil. Tampoco salió Virginia Moore.

Cuando el aviador se disponía a bajar las escaleras del hotel, dispuesto a aguardar un rato más la llegada de la futura esposa de Bill, oyó una dulce voz que le llamaba desde el pasillo.

—¿Deseaba usted verme?

—¿Es usted Virginia Moore?

En efecto, era Virginia, una muchacha bellísima, morena, elegante, de mirada y palabra dulce que causaba una profunda impresión al más insensible de los hombres. No, Bill no había tenido mal gusto al escogerla como esposa.

—Yo soy Neale Garrett, el amigo de Bill.

—¿Quiere usted pasar a mi habitación?

Los dos entraron en silencio en el número 312. En la suntuosa habitación del Hotel Imperial ocupada por Virginia se advertía la presencia de una mujer de gusto. Todo estaba en su lugar, colocado con coquetería.

—Deseaba conocerle a usted —empezó diciendo Virginia—. Bill me dijo que le había visto en su último viaje y que estaba usted a punto de llegar.

—Anoche estuve a verla, pero usted había salido.

—En efecto. Estoy tan triste que no puedo soportar tanta soledad. Sali y estuve andando sin rumbo durante horas y horas. Ya casi amanecía cuando me di cuenta de que no me hallaba muy lejos de aquí. Me alegro de que haya venido, mister Garrett. Bill siempre me hablaba de lo mucho que se querían.

—En efecto, éramos los tres unos amigos entrañables — corroboró Neale.

—Yo tuve la culpa. Si le hubiera obligado a quedarse conmigo...

—¿Quedarse con usted? — inquirió Neale.

—Después de salir del «Chalgani», adonde fuimos para ultimar los detalles de la fiesta, éntramos en un bar y tomamos unas copas. De pronto, Bill se levantó y estuvo ausente durante unos diez minutos. Al volver observé que estaba demudado, furioso por no sé qué. Me dijo que tenía que arreglar un asunto y que, por consiguiente, tenía que dejarme. «Nos veremos mañana», me dijo. Esto sucedía después de las dos. Yo traté, desde luego, de persuadirle de que arreglase sus cosas al día siguiente, cuando estuviese más tranquilo, pues temía que le iba a ocurrir algo. Estaba tan enfadado que apenas me dio un beso de despedida y se marchó. Esa fué la última vez que le vi.

—¿Sabe usted por qué estaba enfadado?

—A pesar de mis ruegos para que me lo dijese, se obstinó en ocultármelo.

—¿Ha contado usted eso a la policía? — preguntó Neale.

—No, no. Tenía miedo de hacerlo. Esperaba que viniese usted o su amigo Peter para contárselo todo.

Neale empezaba a sospechar de Virginia Moore, a pesar de que ésta daba ciertamente la impresión de que la extraña y súbita muerte de Bill la había conmovido profundamente.

—Si la policía la ignora a usted, ¿cómo se ha enterado tan rápidamente de la muerte de su novio?

—Porque radieron la noticia en la emisión matinal... ¡No iré a sospecha que estoy complicada en el asunto!

El aviador no pretendió excusarse por las frases que insinuaban sus sospechas y exclamó friamente:

—Sospecho de cualquiera que tuviese que ver algo con él sin que yo lo supiera. Creo que es la única manera de poder aclarar el enigmático asunto. No pretenderá ser usted una excepción, ¿verdad?

—Pero, ¿insiste usted en acusarme directa o indirectamente?

—¿Fue usted? — le fulminó claramente.

—¿Qué es lo que dice? Nunca hubiera podido hacer nada que le causase el más leve disgusto. No sé cómo Bill pudo considerarle a usted su mejor amigo. No tienen nada de común. Usted es frío, sarcástico, engreído...

—Es posible, pero yo vivo todavía.

Virginia Moore ya no podía soportar más la presencia de aquel hombre que la atormentaba con su mirada fría y sus frases acerbadas.

—Váyase, váyase, por favor. De lo contrario, llamo al conserje.

—Corique quiere usted llamar al conserje... ¿Es que teme contestar a mis preguntas?

—No tengo nada que temer. No me da miedo ni usted ni nadie. Por lo visto, nuestra boda no le hacía ninguna gracia y ahí está la razón de su incomprensible actitud.

—Ha acertado usted, señorita Moore. Soy enemigo del matrimonio.

—¿Cree usted que a Bill no le convenía casarse conmigo?

—Hubiera sido lo mismo que abandonar un avión bajo la lluvia. Usted no ignorará la vida que llevaba Bill. ¿Por qué quería casarse con él?

—¿Por qué va a querer casarse cualquier mujer?

—Por varias razones, algunas de las cuales se las comuniqué al propio Bill. ¿Cuáles eran las suyas?

—Pues me parecía que era el hombre más bueno y más noble que jamás conocí.

—Pero usted no le amaba. Por lo menos, hasta ahora no lo ha mencionado.

—En efecto, no he dicho nada de eso porque... porque voy

a decirle algo que aclarará sus recelos, aunque estoy segura de que no lo comprenderá. Yo no estaba enamorada de Bill. Le admiraba y le quería por lo mucho que él me amaba. Era como un chiquillo grande, pero me amaba con todo su corazón y, a pesar de lo que usted cree, hubiéramos sido inmensamente felices.

Neale se fijó en un medallón que Virginia Moore llevaba colgado del cuello. Era precioso. En su centro figuraba un diamante sagrado. Se trataba de una joya de valor.

—¿De dónde sacó usted este diamante?

—Bill me lo regaló.

—Escuche, señorita Moore. Yo conocía a Bill desde hacía muchos años. El, en su vida nunca pudo ahorrar el dinero suficiente para comprarle esta joya. Por casualidad, un día él y yo preguntamos su precio en el bazar. Habían dos iguales y eran los primeros diamantes sagrados que jamás habíamos visto. Costaban dos mil rupias cada uno, o sea unos ocho mil dólares. ¿Por qué está usted mintiendo?

—Le digo que Bill me lo regaló —replicó, enérgica, la señorita Moore.

—Démelo.

—No quiero.

No, Neale no lograría que Virginia le entregara por las buenas aquel diamante. Sin vacilar, se lo arrancó del cuello.

—¿Qué hace usted?

—Nada, señorita. Ya está hecho. Si es suyo, se lo devolveré arreglado y con disculpas.

### ¿DE DONDE SALIO EL DIAMANTE?

Neale, que actuaba solo porque su amigo Peter se había marchado en avión hacia Chung-King, se dirigió desde el Hotel Imperial al barrio comercial donde estaban enclavados los bazares.

Directamente, sin vacilar, entró en una joyería. Un chino salió a recibirle. Era un muchacho con aire ingenuo o que, por lo menos, lo aparentaba muy bien.

—Lou taes, lou taes (Por aquí) — le dijo.

—¿Sabe usted inglés?

El chino no sabía inglés o fingía ignorarlo y se encogió de hombros.

—¿Usted sabe diamante como este? — le dijo Neale, mostrando la joya.

Otra vez el joven chino hizo un gesto que significaba ignorar cuanto el aviador le decía.

—Yo buscar diamante como este.

En aquel momento apareció un chino viejo que trató también de disimular. Estaban los tres hombres hablando sin entenderse, cuando entró en el bazar una señora cicuentona, alta, gorda y con la expresión simpática, que iba fumando un soberbio puro. Aquella mujer, que en sus mocedades debió ser muy bella y atra-

yente y que conservaba todavía los rasgos de su pasada lozanía, era sin duda algo importante en el bazar, pues al entrar exclamó, dirigiéndose al muchacho:

—Vamos, chico, ¿qué sucede?

El dependiente le respondió en chino que aquel joven estaba preguntando algo que él no comprendía.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Neale Garrett y pertenezco a la aviación internacional.

—Malo. Usted es otro de esos benditos aviadores. ¿Qué ha estado usted haciendo? ¿Desvalijando a la gente?

—Haga el favor, señora. ¿Quién es usted? —inquirió Neale, que no estaba para hacer ni para soportar bromas.

—La señora Smith. Soy la dueña del bazar y tengo derecho a saber qué es lo que pregunta usted a mis empleados.

—Simplemente trataba de averiguar quién compró este medallón.

—Se lo diré en dos palabras. Fué uno de sus compinches, un muchacho alto, bien parecido, de ojos castaños. Si yo hubiera tenido veinte años menos, seguro que pierdo la cabeza por él.

—Cunningham, ¿no es eso?

—Sí, señor; me dijo que se llamaba Bill Cunningham.

—¿Cuánto pagó por este medallón?

Veinte mil rupias. Me dió un cheque que tengo guardado no sé dónde.

—¿Le importaría mostrármelo, señora Smith? —preguntó Neale.

La dueña del bazar no tenía ningún inconveniente en ello. Hizo pasar a Neale a un saloncito cargado de muebles y de bibelots, y poco después le presentaba el cheque de Bill.

—Esta es su firma; pero, señora, me temo que no lo cobrará. Bill nunca tuvo una cantidad tan importante y menos en el Banco.

—Pero, ¿es que usted cree que yo soy tan inocente como para aceptar un cheque sin previsión? —exclamó la señora Smith—. La última vez que me engañaron fué hace unos veinte años, cuando el monigote de mi marido se marchó con mis ahorros y con una

rubia equilibrista. Sin duda le gustó más su número de circo que mi «ballet». ¿Es que nadie diría que yo fui una gran bailarina?

Aquella mujer hablaba por los codos. Su conversación invitaba al optimismo. Pero Neale no tenía humor para nada. Lo único que le interesaba en aquellos momentos era aclarar el asunto que había causado la muerte de su amigo.

—¿Le importa que llame al Banco?

—De ninguna manera, señor Neale Garrett. Puede usted hacerlo.

Neale marcó nerviosamente el número 8-2-3, que correspondía al Banco Empire. Mientras esperaba comunicación, la señora Smith inquirió:

—¿Qué es lo que tanto le preocupa?

—Trato de encontrar al asesino de Cunningham.

—Pero, ¿han asesinado a su amigo?

—Sí.

—A mí también me gustaría saber quién fué.

Le pusieron en comunicación con Jim Wogh, un amigo que él tenía en el Banco.

—Hola, Jim. Aquí Neale. Quisiera que me dijeras a cuánto asciende el efectivo de Bill Cunningham.

—A usted sí que se lo diré —respondió el empleado—. Aguarde un momento... Bill Cunningham tenía 35.600 rupias. Anteayer depositó un cheque por 24.000. Estaba firmado por Eric Lasser.

—Gracias, Jim.

Y volviéndose a la señora Smith, Neale exclamó:

—Cobraré usted el cheque, señora Smith. Oiga, ¿por qué ha dicho que también le interesaría saber quién fué el asesino de mi amigo?

—Porque era un muchacho excelente. Cualquiera que haya sido el criminal merece que lo cuelguen.

—Me parece, señora Smith, que usted sabe mucho más de lo que dice.

—Sobre este asunto, no.

—Bueno, si averigua usted algo, comuníquemelo al Hotel Imperial.

—Vaya usted con cuidado, Neale. Yo siento mucha simpatía por los hombres valientes, especialmente si son de Nueva York o del Oeste y me desagradaría mucho que la sucediera a usted algo. Esta gente resuelve siempre las cosas con excesiva dureza.

—También lo hago yo, señora.

Neale se despidió de la señora Smith y volvió a su hotel. Subió las escaleras de cuatro en cuatro y penetró en su habitación. Casi junto a la puerta se hallaba Kim, su criado.

—Señor Garrett, la señorita Tanev se encuentra aquí. Acaba de bañarse. Hace tanto calor...

En efecto, allí estaba Marina Tanev, la cantante del cabaret. Cubierta con un albornoz se asomó a la puerta interior de la habitación.

—Veo que acabas de bañarte, Marina. ¿Deberías ponerte el batín de Peter! No te quedaría tan estrecho como éste. Oye, Marina, quisiera pedirte una cosa. ¿Qué sabes de la vida de Lasser?

—Muy poca cosa, Neale. ¿A qué te refieres?

—¿Tiene algún otro negocio aparte del juego?

—Que yo sepa, no —respondió Marina—. Parece que cash siempre está en el Club.

Neale parecía preocupado. Ni siquiera besó a Marina y ésta se lo reprochó con un gracioso mohín de disgusto.

—Aun no me has besado, Neale. No resulta muy divertido estar enamorada de ti.

El aviador comprendió que Marina tenía razón y estampó un largo beso en sus labios.

Apenas habían pasado unos segundos, cuando Kim llamó a la puerta para anunciar la llegada de Virginia Moore. Neale se arregló el nudo de la corbata, se alisó el cabello rebelde y salió a buscar a la recién llegada.

—No esperaba verla a usted aquí.

—Le aseguro que la entrevista será muy breve. Se me ha ocurrido venir para decirle que he estado en la policía y he con-

tado todo cuanto sé. Estoy segura de que así habré disipado sus sospechas.

—En efecto, sospechaba de usted, ¿por qué negarlo? ¿Quién la atendió, Kendricks?

—Sí. Hablé con él, pues es el encargado de las diligencias. Pero no me ha dicho nada acerca de las mismas, pues ya sabe usted que es un hombre muy discreto.

—Y muy inteligente —subrayó Neale—. Ah, y por cierto, señorita Moore, que debo presentarle a usted mis disculpas. Aquí tiene el medallón. Si necesita otra reparación, pase por la anticámara de la joyería. Ahora ya no me cabe la menor duda de que Bill se lo regaló. Pero, ¿le dijo él alguna vez que disponía de tanto dinero? ¿No le contó cómo lo había conseguido?

—No.

—A mí tampoco. Y eso me extraña en él. ¿Sabe usted si jugó?

—Que yo sepa, no.

En aquel momento salió Marina.

—Oh, perdonen ustedes. No sabía que importunaba. Hola, señorita Moore; me alegro volvería a ver.

—Yo también, señorita Tanév. Bueno, ya me disculparán. Voy a retirarme.

—De ninguna manera, señorita Virginia. Soy yo quien se marcha, pues tengo un ensayo antes de la función y se me va haciendo un poco tarde.

—Antes de marcharte quisiera preguntarte una cosa, Marina —exclamó Neale—. ¿Viste a Bill en la sala de juego del «Chal-gani»?

—No; no creo que jugara.

—Bueno, ya está aclarado. Gracias.

—Adiós, señorita. Y adiós, Neale —dijo Marina mientras se disponía a marchar.

—Adiós, Marina.

Neale y Virginia Moore quedaron solos.

### AMAR Y ABORRECER A UN MISMO TIEMPO

La conversación entre Virginia y Neale continuó en la habitación de este último. Aun cuando el piloto había rechazado la hipótesis de la intervención de aquella muchacha en el asesinato de su amigo, ello no era obstáculo para que siguiera inquiriendo cerca de ella sobre la vida que Bill llevó durante las últimas horas de su vida. Por esta razón quiso retener por más tiempo a Virginia a su lado. Pero... quizá sería mejor continuar la conversación en otro lugar; por ejemplo, en el bar del «Chalgani».

—Dos ginebras con azúcar y hielo, por favor —encargó Neale al camarero—. Supongo que le gustará la combinación...

—Desde luego, Neale.

—¿Sabe usted que se está muy bien aquí? Sobre todo cuando uno se siente cansado de descifrar tantos enigmas.

Pero Virginia tenía puesto el pensamiento en otros horizontes muy ajenos a los relacionados con el asesinato de Bill Cunningham. Desde que vio a Neale se sintió atraída por él. En efecto, el aviador ejercía una fascinación entre las mujeres. Era apuesto, guapo, atractivo, y a esa suerte de encanto físico se añadía un aire de indiferencia, de reserva que, lejos de hacerlo desagradable, le hacía todavía más seductor. Las mujeres que le habían cruzado en

la vida experimentaban desde el primer momento el deseo de descifrar la incógnita que revelaba su expresión.

—Escuche, Neale; nunca pude llegar a creer que una mujer pudiese amar a un hombre y al mismo tiempo aborrecerle. ¿Cree usted que ambas cosas son posibles?

—Eso sería interesantísimo.

—Pero, diga la verdad, ¿se fía usted de las mujeres?

—¿Y usted?

—No, francamente.

—Sabe usted que los Girkhas tienen una máxima muy antigua y popular que dice: «El hombre que se fía de las mujeres pondrá los pies en el fango».

Virginia presintió que Neale había tenido algún desengaño de carácter sentimental y, segura de lo que pensaba, no pudo evitar preguntarle:

—¿Cómo era ella?

—¿Ella?

—Sí, la mujer de la que usted se enamoró y que hizo que tuviera estas ideas.

Neale sonrió para decir:

—Una mujer culpa siempre a otra de la opinión que un hombre tiene de ella.

La conversación iba tomando un aspecto muy interesante, especialmente para Virginia Moore. Pero tuvieron que interrumpirla ante la súbita aparición del señor Lasser, el dueño de la sala de juego, quien, dirigiéndose cortésmente a Neale, le preguntó:

—¿Es cierto que me ha llamado usted por teléfono?

—En efecto, señor Lasser.

Luego de haber hecho las oportunas presentaciones —lo que era innecesario, pues Lasser ya conocía a Virginia Moore—, los dos hombres prosiguieron el diálogo iniciado.

—Veo que por fin ha encontrado usted a la señorita.

—¿Me buscaba? —inquirió Virginia.

—Sí —repuso Lasser—. Demostró un gran interés por conocerla. Parece que usted ha resuelto su problema.

—Es cierto, Lasser —corroboró Neale—. Me interesaba co-

nocer todo lo referente a un cheque de 24,000 rupias que dió usted a Cunningham.

—¿Veinticuatro mil, dice usted? Ah, sí, ya recuerdo. Bill tuvo una racha de suerte. Fué el viernes de la semana pasada.

—¿El viernes? —preguntó Neale extrañado—. La señorita Moore no recuerda que Bill fuese un aficionado al juego. Por otra parte, creó que el viernes salió con él.

—Es cierto lo que dice el señor Lasser —aclaró Virginia—. Una de las noches de la semana pasada no cené con Bill. En efecto, fué la del viernes. Siento mucho haberme confundido al decirle que era el miércoles.

Neale no hizo caso de la confusión o, por lo menos, aparentó no darle una gran importancia. Lo que le interesaba era saber de dónde Bill había sacado tanto dinero.

—Verdaderamente, para ganar siete mil dólares hay que estar muy afortunado. Es extraño que usted no me lo hubiese dicho cuando yo le hablé del asunto de Bill...

—Cómo se conoce que usted nunca ha regentado una sala de juego... A usted le parecerá que siete mil dólares representan una gran cantidad; pero, si comparamos esta cantidad con las que corren sobre las mesas, resulta algo así como una gota de agua en un inmenso lago. Me hace usted unas preguntas como si creyera que yo le di el cheque a Bill por una cosa distinta del juego. ¿Algo ilegal? Su idea es la de que él fué asesinado por haberse mezclado en un asunto turbio.

—Emplezo a creer que sí, aunque me extraña muchísimo en un hombre como él.

—Pues yo creo que está usted levantando una montaña a base de un grano de arena —exclamó Lasser—. Cuando el caso se haya ventilado, ya verá usted cómo Bill fué asesinado por lo que llevaba en los bolsillos.

Y Lasser se dispuso a levantarse para volver a sus habituales ocupaciones. Dió las gracias a Neale por su invitación, y cuando estaba ya de pie, el aviador le recordó algo muy importante.

—¿Que le mataron por el dinero, dice usted? La policía encontró 312 rupias en los bolsillos del cadáver.

—En este caso —respondió Lasser con una enigmática sonrisa—, me he equivocado. Señorita Moore... a sus pies.

Lasser se retiró. El rostro de Virginia aparecía demudado. ¿Estaba, acaso, conmovida por la evocación del asesinato de su prometido? Neale se dió cuenta de ello y quiso tranquilizarla.

—¿Está usted asustada?

—Sí, Neale.

—Vamos, tranquilícese, Virginia.

—Muchas gracias.

\* \* \*

Peter llegó de su viaje de Chung-King y se dirigió inmediatamente al Hotel Imperial en busca de su íntimo amigo Neale. En aquellos momentos éste se encontraba en el comedor, bailando con Virginia Moore, de la que empezaba a enamorarse, a pesar de la opinión que seguían mereciéndole las mujeres.

Neale y Virginia interrumpieron el baile al ver entrar a Peter en el salón.

—Hola, Peter, ¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Quieres tomar algo con nosotros?

—Gracias, Neale, pero sólo puedo quedarme un momento. Tengo una cita. ¿Puedo hablar contigo?

Peter no sabía si podía hablar del asunto que le preocupaba en presencia de aquella muchacha. Neale comprendió la precaución de su amigo y le tranquilizó:

—Habla sin temor, Peter. ¿Qué sucede?

—¿Recuerdas aquel pequeño hindú que, cuando estramos nosotros en la sala de juego, estaba hablando con Lasser? Si hombre, aquel que llevaba tantos anillos. Pues bien, cuando yo estaba a punto de emprender el vuelo, llegó corriendo al campo y tuvo que retrasar la salida con objeto de que él pudiese montar en el avión. Me pareció que había algo sospechoso, por lo que salí de la cabina de dirección para dirigirme hacia él y trabar conversación. A las

preguntas que le hice, me dijo que se trasladaba a Chung-King, donde tenía un importante negocio. Me dió su tarjeta. Todo era absolutamente cierto, pues a las pocas horas yo podía comprobarlo.

—Todo eso está muy bien. ¿Qué tiene de extraño? —inquirió Neale.

—Nada, excepto que el hindú no llegó a Chung-King. Mientras yo tomaba gasolina en Kuming, desapareció como por encanto. ¿No te hubiese escamado?

—Desde luego, me parece sospechoso. Toda la noche ha estado allí —dijo Neale, señalando una de las mesas del bar.

Peter volvió la cabeza. En efecto, allí se encontraba el hindú, tranquilamente sentado. De un brinco, Peter se fué hacia él, seguido de Neale, que no quería dejar solo a su amigo.

—¿Qué tal, señor Malik? Creí que estaba usted en Kuming. ¿Qué hace aquí?

—Es muy sencillo —contestó Malik con el tono suave, desconfiado, enigmático que le caracterizaba—. Me encontré con unos amigos chinos que me trajeron desde allí en avión. Siento mucho no haber ido con usted a Chung-King, pero surgió un negocio inesperado y tuve que modificar la ruta. Pero... me parece que se interesan mucho por mí, si no me equivoco. ¿Por qué será?

—Porque es usted una persona muy interesante —respondió Neale.

—Puesto que no pude cumplimentar la invitación que usted me hizo, quiero invitarle yo a usted. ¿Quiere? —preguntó Peter muy cortésmente.

—Lo siento mucho; lo dejaremos para otro día —alegó Malik.

—¡Me gustaría habiar tanto como usted! —exclamó Peter.

—¡Oh, caballeros! Se interesan ustedes demasiado por mí. Creo que sería mejor que se concentraran en lo que les incumbe de modo principal, o sea en la aviación. Son ustedes unos pilotos excelentes y deberían procurar vivir mucho tiempo y muy felices. Ustedes perdonen... Muy buenas noches.

Y Malik se alejó con su desesperante sonrisa, dejando sumidos a los dos amigos en un laberinto de suposiciones y de dudas.



Neale y Peter empezaron el viaje hacia Chung King.



—Descendemos a nueve metros, exclamó Peter.



Maria estaba verdaderamente preocupada por Neale.



—¿No tienes miedo de estar rodeado de tantos picos?



Neale quería saber con qué dinero compró Bill Cunningham aquel precioso collar.



Neale preguntó a Bill si se había peleado nuevamente.



— Decídase, señorita, o me dice la verdad o llamo a la policía.



— No, Bill Cunningham no vendrá esta noche —, respondió Peter al conserje del hotel.



Los dos hombres fueron sometidos a un interrogatorio.



—¿Qué significan las palabras escritas aquí?— preguntó Neale a su doméstico chino.



El comisario sospechaba francamente de Neale.



La señora Smith daba la impresión de estar enterada de muchas cosas.



—¿Permitirás que me des-  
enganen?—exclamó Virginia.



Al hombre que le iba  
perseguiendo se dispuso a  
terminar con él.



Marina se acercó amorosamente a su adorado Neale,



—¿De quién es este revolver?

—¿No lo ves? Otra vez se nos escurre. Y siempre hablando enigmáticamente. Se me ocurre una cosa, Neale —propuso Peter—. ¿Por qué no le alcanzamos para darle una buena paliza?

—Porque no tenemos nada que la justifique.

—Pues yo creo que está comprometido gravemente en éste y en otros asuntos.

—Si lo estuviera, ya le arreglaríamos las cuentas. Ahora ven-te conmigo a la mesa —propuso Neale.

—No, Neale, estás demasiado ocupado. Además, yo también tengo mis compromisos. Pero... no irás a enamorarte de esa mujer, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices, Peter?

—Como he visto que no reparabas en hablar delante de ella.

De pronto, Peter recordó alguna cosa. Registró uno de los bolsillos de su pantalón y mostró un pequeño paquete a su amigo Neale.

—¿Qué es eso, Peter? —inquirió Neale lleno de curiosidad.

—Un gran zafiro, una verdadera maravilla. Me la encontré en Dum-Dum, rodando por el suelo del hangar. Supongo que cuando alguien la eche de menos pondrá el grito en el cielo, pero yo me haré el desentendido. Con eso haré un buen anillo.

Neale se guardó el zafiro que Peter acababa de entregarle y, después de despedirse de Virginia, se dirigió a su habitación para examinarlo cuidadosamente.

—Oye, Kim —exclamó dirigiéndose a su doméstico—. ¿qué significan los caracteres chinos que figuran en el papel que envuelve esta joya?

Kim los examinó, para decirle luego que allí constaba el precio que por aquel diamante se había pagado en Calcuta, y el que se podía obtener por el mismo en Chung-King.

—Es un negocio fabuloso. Se puede ganar ciento por uno —terminó diciendo el buen Kim.

—¿Contrabando?

—Sí, señor Neale.

—Dame el teléfono, Kim.

Una vez con el aparato telefónico en la mano, Neale marcó el número del aeropuerto de Dum-Dum.

—Oiga, aquí Neale Garrett. ¿Qué avión sale mañana para Chung-King...? ¿El 17652? Bien, bien. Tomo nota.

Unos momentos después Neale se personaba en el aeródromo de Dum-Dum.

\* \* \*

La noche era oscura. Neale dejó su coche a una cierta distancia del aeropuerto y se deslizó por entre las sombras a través del campo, con objeto de llegar hasta el avión 17652 y penetrar en él.

El silencio era absoluto. El audaz muchacho aprovechó la circunstancia para introducirse en el aparato y practicar un minucioso registro. Lo revolvió todo: la cabina de dirección, las butacas, el suelo, el lugar destinado al transporte de mercancías. Nada, no había nada. De pronto se le ocurrió levantar la alfombra del pasillo de la cabina de viajeros. Debajo de la alfombra había, muy bien disimulada, una tapa de madera. Neale la levantó.

Sus ojos quedaron maravillados ante la aparición de una maleta repleta de diamantes. Los había de todas las dimensiones, pero todos de la más alta calidad. Sin meditarlo siquiera, Neale sacó la maleta de su escondite, volvió a cerrar la tapa, colocó perfectamente la alfombra, tal como la había encontrado, y saltó del avión, dispuesto a llegar hasta el coche con el que llegara al campo.

Lo más difícil había sido ya logrado. Las sombras de la noche le protegerían y Neale conseguiría llegar al hotel, guardar en lugar seguro la maleta de las joyas y empezar las indagaciones.

Pero cuando se disponía a atravesar el aeropuerto, la sombra de un hombre se deslizó cautelosamente. El silencio se alteró levemente con el ruido de unos pasos. Neale puso oído. En aquel instante un puñal cruzó rápido ante su rostro para ir a clavarse a la pared de un próximo barracón.

Neale había sido visto por alguien que estaba encargado de vigilar el avión durante la noche. Se hallaba en inminente y grave peligro. Era necesario actuar con infinita cautela, no sólo para salvar las joyas, sino también para salvar su propia vida.

Agachándose y bajo la protección de unos fardos, dispuestos para próximos embarques, Neale se fué alejando de aquel lugar. Pero aquella sombra le iba persiguiendo.

Cuando los leves rumores se disiparon y Neale se creía ya a salvo de cualquier amenaza, sintió su cuello apretado por un dogal. Alguien quería asesinarle como a su amigo Bill.

Hombre de fuerte constitución física, Neale hizo un brusco movimiento para librarse de las garras de su agresor. El dogal cedió. Y libre de él, el valiente aviador se lanzó sobre aquel misterioso personaje. Era un hindú a quien, sin duda, habían encargado que velara por tan preciosa mercancía. A pesar de que el criminal hiciera todos los esfuerzos imaginables para rematar a su víctima, éste logró reducirle a la impotencia. Pero... unos segundos después, el hindú reaccionó vigorosamente, y dando un fuerte empujón a Neale consiguió derribarle y huir en una dirección que el aviador no pudo precisar.

Afortunadamente, su agresor no se llevaba el maletín que contenía los diamantes, pues Neale había sido mucho más hábil y lo escondió detrás de aquellos fardos que le sirvieron de barrera de protección.

En aquel momento, cuando Neale se disponía a localizar al asesino, se oyó el ruido de un motor de automóvil. Era Peter, quien, advertido por Kim, el criado de Neale, había salido con éste en su busca al aeropuerto de Duri-Dun.

—¡Peter! — exclamó al verlo.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí? ¿Qué te sucede?

—Han querido hacerme lo mismo que a Bill.

—¿Con una cuerda estranguladora?

—Con un dogal indio. No sé quién era el agresor. Logró escapar.

—Magnífico. Has tenido al individuo en tus propias manos y dejas que se escape. Es preciso buscarlo.

—No te preocupes — le interrumpió Neale. — Es mejor que le des tiempo para que avise que yo he estado aquí. Parece ser que hasta ahora hemos estado conduciendo en nuestros aparatos y a través de las crestas unos cuantos millones de dólares de contrabando. Echa una ojeada a ese maletín. He aquí lo que encontré debajo del piso del avión que sale mañana.

—Bien, Neale. Deberías avisar inmediatamente a nuestro jefe, para que lo radiase y supervisase todos los aviones.

—No, Peter, es mucho mejor que desarrollemos el plan en otra forma. Dame uno de esos broches. Lo utilizaré como anzuelo.

—Y yo, ¿qué hago entretanto?

—Quiero que empaquetes el resto y esperes hasta que abran el banco. Una vez abierto, lo depositas en nuestra caja fuerte. Entretanto yo iré al hotel con el maletín vacío, en espera de que salga alguien de su madriguera.

Peter, que tenía una confianza ilimitada en su amigo y compañero, obedeció sus órdenes mientras Neale llegaba a su habitación del hotel y esperaba...

No había pasado mucho tiempo cuando una voz conocida interrumpió los pensamientos a que Neale se estaba librando con el maletín en la mano.

—Ya es bastante, señor aviador. Se le van a cansar los brazos. Mejor será que se siente usted en la cama.

Neale se volvió rápidamente. La voz correspondía a Mr. Malik, el misterioso hindú que había penetrado en la habitación antes de que el aviador llegara y que ahora le estaba amenazando con una pistola.

—Vaya — exclamó Neale, sin perder la serenidad a pesar de la gravedad de la situación —. Apareció usted antes de lo que yo esperaba. ¿Cómo está su amigo, el del aeropuerto?

—Es usted un hombre duro — tuvo que reconocer Malik ante la sangre fría de Neale.

—Un poco más duro que Bill Cunningham, ¿verdad?

—No le entiendo a usted.

—Ya me entenderá. Pero para que yo le diga lo que tengo que decirle, preferiría que dejara de amenazarme con esa pistola. Se

• le puede disparar y se expone a despertar a los clientes del hotel.

—Usted ha hecho necesarias tantas precauciones.

—Es posible, pero yo considero muy útil que nos sentemos y charlemos.

—¿Para qué? Desgraciadamente nada de lo que digamos puede modificar la situación. Si yo le dejo tranquilo usted correrá a explicar que estuve aquí para llevarme el maletín, y eso a mí no me interesa mucho.

Neale sonrió francamente al darse cuenta de que Malik creía estar nuevamente en posesión de las joyas, y se limitó a subrayar:

—Pues se llevará una sorpresa. Mire, mire lo que hay en el maletín.

Malik lo cogió bruscamente. Miró su interior y lo vio completamente vacío. En seguida comprendió que Neale había entregado las joyas a la policía.

—¿Cuándo las entregó usted? —preguntó furioso.

—Si usted me mata me sería muy difícil decírselo. Deje el arma, ¿quiere?

Malik obedeció al suave requerimiento de Neale, pues no ignoraba que se trataba de un hombre duro, dispuesto a defenderse de cualquier agresión. Pero lo más peligroso no era matarle y desaparecer después; lo peligroso eran las consecuencias que podía tener el nuevo crimen.

—Así, sin la pistola en la mano, la cosa está mucho mejor —comentó serenamente el aviador—. No sea usted torito, señor Malik. ¿Por qué cree usted que he estado arriesgando la vida volando encima de las crestas? ¿Para cansarme y poder dormir mejor? Sea usted razonable y hágase cargo de la utilidad de mi colaboración. Si usted paga bien... En fin, yo estaría dispuesto a ayudarle. No olvide que poseo el contenido del maletín, lo que equivale a una fortuna. Unas 200.000 en oro, según creo.

—¿Tanto?

—Ah, ¿no lo sabía usted?

—Nunca las había visto.

—Eso es magnífico. Entonces me las quedará yo y me retiraré... o mejor aun, le daré la mitad a usted, y continuaré con la

campaña con la ayuda del avión que piloto. Así podremos ir a medias en lo sucesivo.

—Vaya — opinó Malik, escéptico —. Ahora usted quiere hacerme creer que no se lo ha contado a la Compañía.

Desde luego, Malik era tan astuto como parecía. Pero tampoco Neale era tonto, y persistió en el plan que se había trazado.

—Y estropear el negocio, ¿no? Estas joyas son las más preciosas que he visto.

Era tal el aplomo que mostraba Neale, que por fin Malik creyó en la sinceridad de sus palabras.

—Entonces, los que han estado mandando los paquetes de contrabando, ¿podrán continuar haciéndolo?

—Naturalmente. Cuenta usted con mi apoyo.

—Esperaré a que usted pruebe su «buena fe». Entretanto le diré que yo no tengo nada que ver con la muerte de su amigo Bill.

—Tendré que esperar a que usted lo pruebe — replicó Neale, repitiendo la frase pronunciada por el hindú.

—Ya lo veo, Neale. Usted se fía poco de la gente. Poco o nada.

—Francamente, no me fío de nadie.

Malik se dispuso a retirarse de la habitación de Neale llevando consigo el maletín vacío. Apenas hubo andado unos pasos hacia el exterior, cuando el piloto apareció en la puerta de su cuarto y le gritó:

—Tenga cuidado de que el conserje no le vea con ese maletín. Me vió entrar con él.

—Gracias, Neale.

## ASESINATO EN EL HOTEL

Neale cerró la puerta de su habitación y sonrió satisfecho. Transcurrieron sólo unos segundos cuando se oyó un golpe seco. Era un disparo. Inmediatamente Neale salió al pasillo y lo propio hicieron varios clientes del hotel. En medio del corredor yacía, bañado en sangre, el cuerpo de Malik. A poca distancia se hallaba el maletín vacío.

—Está muerto.

—Debemos llamar inmediatamente a la policía.

Poco después aparecieron el sargento y el superintendente de policía, los cuales procedieron a registrar las ropas del cadáver. Este llevaba un revólver y una pistola.

—Un revólver y una pistola automática. ¡Vaya arsenal! Pero ni siquiera intentó usarlas — hizo observar el superintendente.

—Probablemente le sorprendieron.

—Se trata de Malik, un comerciante hindú, establecido en Chung-King — afirmó resueltamente el aviador.

—¡Hola, hola! ¿Cómo sabe usted su nombre? — inquirió el superintendente.

—Es muy sencillo. Mi amigo y compañero, el piloto Peter

Blake, lo condujo hace pocos días de Calcuta a Chung-King. Fué él quien me lo presentó.

El superintendente empezó a sospechar de Neale.

—Es curioso. Precisamente ha sido encontrado muerto en el mismo piso donde usted reside. Casi ante su misma puerta, poco más, poco menos. Casual, muy casual.

—Y todavía más si tiene usted en cuenta que le dispararon desde el lado de mi habitación. ¿No le parece sospechoso? — exclamó Neale.

—Oiga, Neale, ¿no le visitó a usted Malik?

—Oí el tiro — se limitó a responder el interpelado —, y me precipité para ver lo que había sucedido.

Una de las clientes del hotel corroboró lo manifestado por el aviador:

—Es cierto, señor comisario. Este caballero abrió la puerta de su habitación en el mismo instante en que yo abría la mía.

La espontánea declaración de la señora tuvo la virtud de convencer, en cierto modo, al superintendente, quien no consideró oportuno involucrar a Neale en el misterioso asunto.

—Bueno, ya no les entretengo por más tiempo. Muchas gracias a todos por su colaboración.

Cuando el superintendente y el sargento descendían las escaleras del hotel, después de haber dado las oportunas órdenes a sus subalternos para que retiraran el cadáver, Neale exclamó desde el rellano:

—Diga, señor comisario ¿sabe usted algo de lo que Cunningham?

—Espero — respondió el superintendente — que estemos trabajando en direcciones opuestas. Lo digo porque ya sé que usted ha realizado muchas investigaciones por su cuenta: La señorita Moore; el «pendentif» con brillantes; su llamada al Banco Empire pidiendo detalles sobre el ingreso que hizo Cunningham en su cuenta corriente. A nosotros también nos interesaba este punto tan importante, hasta que nos enteramos de que lo ganó en la sala de juego de Lasser.

—¡Ah, sí! — exclamó Neale, simulando una sorpresa.

—Fué el último viernes. Hemos tenido durante toda una semana a un detective en el Chalgani reuniendo suficientes motivos para cerrar el juego. Fué él quien vió cómo Cunningham ganaba aquella importante cantidad.

—Por lo visto yo sigo una pista equivocada...

—Es posible.

El superintendente observó que Neale presentaba unos rasguños en la cara, consecuencia de la lucha que tuvo que sostener unas horas antes en el aeropuerto contra su agresor.

—¿Cómo se ha hecho esos rasguños en la cara? — le preguntó francamente.

—Afeitándome.

—No cabe duda —subrayó el comisario sin demasiada convicción. Bueno, si averigua usted algo que valga la pena, ya me lo comunicará.

—Lo haré sin pérdida de tiempo. Adiós, señor comisario.

Este descendió unos cuantos peldaños. Luego se paró bruscamente y volviéndose a Neale le soltó:

—¿Mató usted a Malik?

—No.

—¿Está usted seguro? —concluyó el comisario. Y continuó descendiendo las escaleras.

...

Neale volvió a su habitación, en la que poco después entró Marina, que acababa de enterarse del asesinato de Malik en el propio hotel.

Después de tranquilizarla, el aviador se dispuso a mostrarle la joya que Peter había encontrado en el aeropuerto y que fué motivo para que él se arriesgara a registrar el avión para encontrar el resto. Marina la examinó cuidadosamente, para sacar la

conclusión de que, aunque no fuese de un gusto muy refinado, era de mucho valor.

—¿Dónde está el resto?

—A estas horas Peter lo habrá depositado en la caja fuerte que poseemos los dos en el Banco.

Marina estaba positivamente asustada por el cariz que iba tomando la cosa y temía por la vida de Neale y de su amigo.

—Estás arriesgando tu vida y la de Peter. ¿Te das cuenta de la situación?

—A Peter no le asusta nada. Y a mí... Ya sabes cómo soy. Marina, procura no pensar demasiado en todo eso. Reconozco que es muy serio, pero nosotros tenemos muy buenos puños. Por otra parte, no quisiera que se te volviera el pelo blanco. El asunto se puede complicar...

—¿Más todavía de lo que está? —inquirió Marina, expresando con los ojos la angustia que experimentaba su corazón.

—Verás, hemos descubierto por qué razón mataron a Bill y por qué sucedió precisamente a raíz de ese último viaje. Bill no fué a China. Dejó su cargamento en Dingham, nos trajo un eje nuevo y volvió a Calcuta. Ello obligaba a los contrabandistas a sacar las joyas y a colocarlas en otro avión que llegase a su destino. Lo único que lo complicaba todo es que él se enteró del asunto aquí, en el hotel, mientras estaba tomando algo con Virginia Moore. Alguien se lo comunicó; pero, ¿quién? ¿Por qué él no le dijo nada a la muchacha?

—Probablemente —subrayó irónicamente Marina— porque Bill también quiso evitar que se le pusiera el pelo blanco.

—Es posible —se limitó a responder Neale.

—¿Cuándo ha empezado eso de Virginia? —inquirió Marina.

—Ayer. No me gusta ser formal.

—No, desde luego; pero lo serás cuando te envíen a hacer compañía de tu amigo el hindú, Neale, ¿no te das cuenta de que es una locura seguir con este asunto?

—Ah, ya lo veo. Tú preferirías que olvidase a Bill y volviese a seguir volando.

La conversación fué interrumpida, porque a Neale le llamaron al teléfono. De un brinco cogió el auricular, pues estaba pendiente de varias noticias relacionadas con el asesinato de Bill.

—Sí..., sí..., soy Neale —exclamó— ¿Qué dice? Sí, sí..., subo en seguida.

Marina estaba sorprendida. Entre curiosa y temerosa, preguntó:

—¿Qué pasa, Neale?

—No lo sé, Marina. Es el vigilante de noche, que me ruega suba a la habitación de Virginia Moore. Algo ha sucedido. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí, Neale.

El muchacho y Marina subieron rápidamente hasta la habitación que ocupaba Virginia. Todo estaba en un completo desorden. Hubiérase dicho que habían entrado ladrones o que allí se había practicado un minucioso registro.

—Fíjese —exclamó el vigilante—. Alguien ha registrado el cuarto de la señorita Moore.

—¿Sabe usted quién pudo ser?

—No, francamente.

—¿Dónde está la señorita Moore?

—Parece ser que ha desaparecido. Ni siquiera ha telefonado para pedir el desayuno, como tiene por costumbre. La muchacha de servicio encontró la habitación así. ¿Cuándo la vió usted por última vez?

—Al dejar la sala de baile, la acompañé hasta aquí.

—Hola, hola; ¿fuisteis a bailar? —preguntó Marina, curiosa y un tanto desechada—. ¿Qué tal baila?

—Regular —respondió Neale. Y dirigiéndose al vigilante le preguntó: —¿Ha dormido aquí?

—No, Oiga, señor Neale, ¿no le pareció a usted que la señorita Virginia estaba preocupada?

—No, la verdad.

—Me temo que la hayan robado o, por lo menos, lo hayan pretendido, sabiendo que posela un pendentif con un brillante.

—Lo dudo —respondió Neale—. Creo que lo mejor será que avisemos a la policía.

—Y un asesinato anoche. Dentro de poco, si las cosas continúan así, este hotel parecerá un depósito de cadáveres o un cementerio.

Neale parecía estar muy preocupado, no sólo por el espectáculo que ofrecía aquella habitación, sino también por la suerte que hubiese podido caber a Virginia. Marina, buena observadora, se dió cuenta de la inquietud del muchacho y no pudo evitar de preguntarle:

—¿No estás enamorado de ella?

—No lo sé —respondió Neale sinceramente—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque advierto algunos síntomas de ello. Siempre te sucede igual. Pero creo que lo que ahora importa es buscarla, la quieras o no.

Neale tuvo que reconocer que Marina era una excelente muchacha, que sabía resignarse. Ella cambió de conversación para entregarse de lleno a las averiguaciones pertinentes, con objeto de dilucidar el extraño incidente. Encima de la cama había, entre muchas otras cosas, varias piezas interiores de mujer. Marina se lo hizo notar a Neale.

—La persona que ha registrado eso debe ser una mujer.

—¿Por qué lo dices?

—Sencillamente, por ese montón de ropa interior. Un hombre, generalmente no pierde el tiempo con encajes y ropas de señora.

—Me parece que me has dado una buena pista, Marina.

Y sin que la muchacha pudiese añadir nada más, Neale salió disparado de la habitación para presentarse, unos momentos después, en la tienda de la señora Smith.

La señora se hallaba ante el espejo, pintándose los labios. Neale irrumpió bruscamente en la trastienda donde aquélla se encontraba.

—¡Qué susto me has dado! Me alegro mucho en verte. Pero...

¡te veo demudado! Cálmate y siéntate. De todos modos, deberías esperar a que una mujer acabara de pintarse.

—Es mucho más fácil entenderse con ellas sin esa máscara de colorete.

—Tienes toda la razón, Neale. Pero..., ¿sabes que me encantas?

Y dirigiéndose a sus empleados, que estaban en la puerta contemplando lo que pasaba, ya que no habían podido impedir que Neale entrara allí como una flecha, exclamó en indio:

—¿Verdad que es un chico estupendo?

Uno respondió en indio; el otro, en chino, para decir que la señora Smith tenía razón.

—¿Tampoco hablan inglés esos muchachos?

—No. De veras. Pero, dime, Neale, ¿qué te sucede?

—¿Usted me telefoneó, señora Smith?

—Sí, en efecto. Me preocupa que te metas demasiado a fondo en estos enojosos asuntos. Anoche entré en el Hotel Imperial para tomar algo y observé la presencia de uno de los hombres de Malik, que rondaba muy nervioso por allí. Me enteré que estaba esperando a que tú volvieres para jugarte una mala pasada. Imagínate... Yo quería prevenirte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—También debería haber prevenido a Malik. Así...

—¿Qué?

—Así hubiese evitado que le asesinaras.

—¿Que yo le asesiné? Señora Smith, está usted muy equivocada. Pero, dígame, ¿es cierto que ayer estuvo usted en el hotel?

—Sí.

—Eso es lo que me interesaba saber — exclamó Neale, convencido de que el registro de la habitación de Virginia Moore había sido obra de aquella mujer.

—Después de haber registrado la habitación número 312, ¿qué hizo usted de la señorita Virginia? — le preguntó sin contemplaciones.

—Escucha, hijito. Será mejor que tomes algo para reponerte.

Estás andando como un topo. Yo no conozco a esa señorita Moore. Además, estoy demasiado gorda para registrar habitaciones. Es la primera noticia que tengo de lo sucedido.

—No; no me diga que no estaba usted enterada de eso.

—Lo he sabido todo a medida que me lo has ido explicando. Luego yo le dije a Malik que estaba persuadida de que la muerte de Bill obedecía a las gestiones que éste había iniciado para terminar con el contrabando en los aviones.

—¿Por qué no me lo dijo también a mí? —inquirió Neale, mirándola severamente.

—Ya comprenderás que no iba a estropear vuestros planes; ni los tuyos ni los de Malik. El trataba de averiguar quién hacía el contrabando y cómo lo realizaban. Quería malbaratar sus juegos. ¿Crees que eso entraña alguna responsabilidad grave? Por otra parte, la señorita Moore no tiene nada que ver con lo sucedido.

—Eso quisiera yo saber —murmuró Neale—. No me creerá usted tan tonto como para esconder las joyas en la habitación de Virginia.

—¿Dudas de Virginia?

—No; de Virginia, no. Si he dicho que no se me ocurrió esconder las joyas en su habitación, fué para evitarle nuevas contrariedades. Pero, dígame, ¿dónde está ella?

—¿Qué te pasa, Neale? ¿Crees, tal vez, que soy una hiena? ¿Habré matado también a Malik?

—Es algo que todavía no he podido descifrar; pero, no se preocupe, que ya lo indagaré.

—No bromees, hijito. Malik y yo éramos socios hasta hace un año, poco más, poco menos. Introducíamos el género en China por la carretera Burma, hasta que los japoneses la tomaron. Desde entonces los negocios eran demasiado lentos, de modo que yo lo dejé. Hace tres meses que Malik no hacía casi nada, hasta que un día pudo comprobar que había un alijo de joyas valiosísimas en Chung-King, unas joyas que antes habían estado en Calcuta. La idea de que otro le pisara los talones le quemó la sangre.

El relato se iba haciendo interesante, pero fué cortado por la presencia de la policía en la trastienda de la señora Smith.

—Señor Garrett Gordon, ¿quiere hacer el favor de venir con nosotros?

—¿Yo? ¿Y por qué razón?

—Está relacionado con la muerte de Mol Raj Malik. Y debo hacerle la advertencia acostumbrada: cualquier cosa que diga será usada como prueba en contra suya. ¿Está usted listo?

Neale obedeció al severo requerimiento del superintendente y pocos momentos después llegaba a la comisaría de policía.

### PETER, DETENIDO

Cuando Neale llegó al local de la policía, un comisario se hallaba en trance de interrogar a Peter Blake. Neale pudo oír todavía lo que su amigo estaba contando.

—Claro que les pegué. ¿Cómo iba yo a saber que eran policías? Cuando iba a salir por una puerta, dos hombres se me abalanzaron. Lo lógico es que primeramente me defiendan y guarden las explicaciones para luego.

Neale no sabía de lo que hablaba Peter. Los policías que le conducían preguntaron al comisario si podían pasar. El interrogado volvió la cabeza y se encontró en presencia de su amigo.

—¡Ah, eres tú! A la policía le ha costado un poco encontrarte. Yo solo tuve que comerme el desayuno de los dos. Pero, dime, ¿dónde has estado?

—Es a mí —respondió seriamente el superintendente— a quien corresponde hacer el interrogatorio. Anoche estuvo usted bien dándonos todas aquellas explicaciones acerca del asesinato de Malik, pero hoy es un poco diferente. Me parece que usted, Blake, y Bill Cunningham, han batido el record de los incidentes que se han provocado, en estos últimos tiempos, en Calcuta. Constantemente se meten en líos'y...

—¿Nosotros? —replicó Peter Blake—. ¡Si precisamente somos unos enamorados de la paz y de la tranquilidad! Sólo nos metimos en líos cuando pretendíamos sacar a Bill de los suyos.

—No me negarán que los dos pidieron unas vacaciones a sus jefes cuando se enteraron de la muerte de Bill. ¿Con qué objeto? ¿Para buscar y capturar al asesino de su amigo?

—Lo hicimos porque estábamos cansados de tanto volar —comentó, irónico, Neale.

—¿Usted cree que la señorita Moore tenía algo que ver con ella?

—¿Con qué, señor intendente?

—Con la muerte de Bill. Usted fué quien buscó los medios para conocerla. La invitó con frecuencia. Por ejemplo, anoche estuvieron los dos bailando. Unas horas después se encontró su habitación revuelta y ella había desaparecido misteriosamente.

—Pues le aseguro que ignoro lo que haya podido suceder a la muchacha.

—Le diré más —añadió el superintendente—. Anoche, en el hotel, usted y Peter Blake estuvieron sentados en la mesa que ocupaba Malik y le hicieron varias preguntas. Más tarde fué encontrado el cadáver de este señor, muy cerca de la habitación que usted ocupa.

—Le repito que yo no lo maté —afirmó Neale con tono enérgico.

El superintendente le mostró una de las pistolas que se habían encontrado encima del cadáver.

—Entonces, ¿no es ésta su pistola?

—No —respondió Neale resueltamente.

Dirigiéndose a Neale y mostrándole el arma, el superintendente exclamó:

—¿Quiere hacer el favor de comprobarlo conmigo? Se trata de una «Colts» 38, automática, de la serie 4-4-4-8-2-4, fabricada por Barthes y Duff, Ltd., Compañía Exportadora, Calcuta, adquirida el 6 de marzo por Neale Garrett Gordon.

—Es cierto —tuvo que reconocer Neale—. Compré una pis-

tola; pero, la verdad, ignoraba que fuese ésta. La mía me la robaron del armario hacia varios meses.

—Me extraña. ¿Es así como Malik la consiguió?

—Francamente, no sé cómo pudo llegar hasta sus manos.

El superintendente concluyó diciendo que se veía en la precisión de detenerle hasta que se aclarara el lío. Aparecía éste tan confuso, y parecían tan raras las coincidencias, que hasta Peter Blake empezó a creer en la culpabilidad de su amigo.

—No trates de esconderlo, Neale — le dijo —. De todos modos esta gente lo averiguará todo.

Neale le respondió secamente:

—No te metas en eso, Peter.

—Lo mejor es que pongamos las cosas en claro — propuso Peter Blake —. Mi amigo Neale pretende encubrirme. El reconoció su pistola en seguida que usted se la mostró. Sabía que yo la guardaba en mi habitación, pues me la había dado hace bastante tiempo, y oyó que en el comedor del hotel yo invité a Malik a tomar unas copas.

—Entonces, ¿Malik no salía de la habitación de Neale, sino de la suya? — preguntó el comisario a Peter Blake.

—Eso es.

—Pero, ¿por qué su víctima tenía su pistola?

—En aquel momento se la presté. Me explicó que un hombre le estaba persiguiendo y yo le dije que su pistola no serviría ni para tumbar un conejo. Por eso le ofrecí la mía, que Malik aceptó de buena gana.

—¿Sabe usted quién le perseguía? — inquirió el comisario, que tenía la impresión de hallarse ante una pista segura.

—Eso no lo sé. Y puede encerrarme hasta que lo recuerde.

—Entonces, ¿admite usted que fué la última persona a quien vió Malik antes de ser asesinado?

—Así es, señor comisario — respondió Blake resueltamente.

—¿Se da cuenta de la gravedad de sus declaraciones?

—Hablo con plena lucidez.

—En este caso — concluyó el superintendente — es a usted

a quien estamos obligados a detener. Peter Blake: este oficial le acompañará para cumplir las formalidades reglamentarias.

Peter se levantó. Estaba contento de haber librado a su buen amigo Neale de una situación difícilísima. La suya ya se aclararía luego, pues estaba seguro de que Neale, muchacho intrépido y valiente, no cejaría en su empeño de averiguar la verdad de lo sucedido. Mientras le conducían detenido hacia la celda, se volvió hacia Neale para decirle sonriendo:

—¿Me mandarás cigarrillos?

Neale le golpeó cariñosamente la espalda. Estaba emocionado.

Peter Blake se alejó entre los dos policías mientras el comisario dejaba libre a Neale Garret Gordon.

### VIRGINIA REAPARECE

Neale avanzaba por una de las calles de la ciudad conduciendo su pequeño automóvil. De pronto, en uno de los lugares más céntricos, en el que por causa del tráfico incesante tuvo que parar el vehículo, se le acercó una mujer india, quien después de hacerle una seña, le dijo en voz baja:

—Salaam, sahib. Soy Singh. Una señora desea verte.

—Suba — le rogó Neale.

El coche siguió la ruta que aquella mujer iba trazando. Después de haber cruzado varias calles llegaron ante una suntuosa residencia. Singh le indicó que habían terminado el viaje.

—Aquí está la señora.

Neale penetró rápidamente en aquella morada, acompañado siempre de la india, que le murmuraba:

—Se trata de la señorita Virginia Moore.

—¿Virginia Moore?

Neale aceleró el paso, subió los peldaños de cuatro en cuatro y pocos instantes después irrumpió en una habitación. Allí estaba, de pie, la auténtica Virginia Moore.

—¡Oh, Neale! ¡Cuánto me alegro de verte a ver! — exclamó jubilosamente Virginia.

—Y yo, querida. Nunca podrás imaginar lo que he sufrido desde que supe que habías desaparecido. Pero... ¿dónde estás? ¿De quién es todo eso?

—Es de una buena amiga, de María Lachande, que marchó hace unos días para Delhi.

—Me alegro sinceramente de que sea de una amiga. ¿Crei que te habían raptado!

—Lo sé. Pero tenía miedo de seguir en el hotel. ¿Verdad, Neale, que no me abandonarás? Tengo miedo.

—No temas, Virginia. Pero, ¿sabes que fué registrada tu habitación?

—Sí, Neale. Yo estaba allí cuando él entró.

—¿El? —preguntó Neale, desechando la hipótesis que se había formado de que pudiera ser una mujer la que registró el 312.

—Sí. Oí una llave que abría la puerta del saloncito. Yo estaba en el dormitorio guardando unas prendas.

—Entonces, ¿fuiste tú quien puso aquella ropa encima de las sillas y de la cama?

—Sí.

—Pues ese detalle me había sugerido una pista equivocada.

—Crei que se trataba de un hombre que quería ocultarse. Poco antes se había cometido un asesinato en el hotel, y yo... yo... tuve miedo de que me mataran a mí. Así es que corrí a esconderme en el balcón. Aquel individuo, a quien yo no conocía, empezó a registrarlo todo febrilmente. Entonces comprendí que no sólo quería esconderse, sino que había algo que estaba relacionado conmigo. Eso me decidió a desaparecer y lo hice por la escalera de servicio.

—¿Recuerdas su apariencia?

—Sí, era un indio, alto, moreno, delgado, de pómulos salientes, iba muy bien vestido.

La cosa se ponía interesante. Neale estaba seguro de haber encontrado una nueva pista.

—Esa descripción recuerda al individuo que trataba de seguirme hasta aquí.

—¿Alguien te ha seguido?

—Sí, pero no me vió entrar.

—¡Dios mío! —exclamó Virginia—. ¿Por qué me perseguirán? ¿Y por qué registraron mi habitación? ¿Y por qué mataron a Malik?

—Yo creo que eso tiene algo que ver conmigo. Verás... Yo encontré un alijo de joyas, cuyo valor era, aproximadamente, el de un cuarto de millón de dólares. Estaba en mi avión. Es posible que sospeche que las escondimos juntos.

—Pero tú debes de haberlas entregado a la policía, ¿no es cierto?

—No, Virginia, Peter y yo las hemos guardado en nuestra caja fuerte, en donde quedarán hasta que las reclame su dueño.

Virginia comprendió entonces que a quienes, en verdad, perseguían era a Peter y a Neale, y así se lo dijo a éste:

—A mí pueda que sí, pero no a Blake, porque está en la cárcel.

La muchacha suplicó nuevamente a Neale que no se inmiscuyera en tan intrincados asuntos, temerosa de que le sucediese algo grave.

—¿Qué crees que debo yo hacer?—le preguntó Neale.

—Sacar las joyas y entregárselas a la policía. Cuéntales todo cuanto sabes. Yo te acompañaré, Neale...

El tono de voz de Virginia era suave, cariñoso; adivinaba un delicado sentimiento hacia el muchacho.

—Neale... —repitió dulcemente—. Yo temía por mí, pero también tengo miedo por ti. Puede que más de lo que debiera decirte. Traté de odiarte, pero... Neale, por favor, te lo ruego: no sigas arriesgando tu vida.

—Sabes que si no me matan antes, podría llegar a enamorarme demasiado de ti. No es que lo sienta, pero después de las cosas que te he dicho...

—Pero, ¿es que no has recobrado todavía la confianza en mí?

—¿Es que tiene que fiarse un hombre de una mujer para enamorarse de ella?

—No, ciertamente. Pero no me dejes. No me dejarás, ¿verdad, Neale?

## UNA PISTA CASI SEGURA

Neale se dirigió hacia el Hotel Imperial.

—Buenos días—exclamó dirigiéndose al conserje—. ¿Han encontrado algún cadáver más?

—No, señor Garrett, o por lo menos no han avisado todavía. Yo me voy a desayunar antes de que aparezca alguno tumbado en el pasillo o en medio de una habitación. Pero, ¿dónde está su amigo Blake?

—Esta noche no viene conmigo, porque está en la cárcel. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque tiene una carta.

—Yo se la llevaré. Pero, oiga, Graham; usted me ha preguntado por Blake, como una noche anterior me preguntó por Cunningham. ¿Es que no sabía que éste había sido asesinado?

—Sentí mucho haberle preguntado por él, pues ignoraba lo sucedido.

—¿Seguro de que no sabía nada? ¡Si dieron la noticia por la radio, en la emisión matinal!...

—No, señor Garret; no la dieron. La oigo todas las mañanas. Recuerdo que eso fué el martes. Por otra parte, la ausencia

de Bill Cunningham no me extrañó, pues hacía dos noches que no venía por aquí.

—¿Dos noches, dice usted?—exclamó Neale, seguro de haber dado con una buena pista. Debí de estar usted fuera de servicio, porque él estuvo en el bar aquella noche junto con la señorita Virginia Moore.

—De haber estado aquí, yo los hubiera visto, pues tanto el lunes como el martes, presté servicio. Puede usted preguntarlo a los camareros, y ya verá cómo confirmarán lo que le digo.

—¿Puede reunirlos a todos?

—Claro que sí.

Pocos minutos después, Graham, el conserje y Neale Garrett se hallaban en presencia de todos los camareros del bar.

—El señor Cunningham «now» estuvo aquí el martes por la noche.

—¿Recuerdan ustedes bien su fisonomía? —Inquirió Neale para estar más seguro de tan importante declaración.

—Todos la recordamos muy bien. El señor Cunningham nos daba buenas propinas.

Después de dar las gracias a los camareros, Neale pidió al conserje la llave que él había depositado en la caja fuerte del hotel, y una vez en posesión de ella, subió apresuradamente a la habitación 312, ocupada por Virginia Moore. Neale dió dos golpes en la puerta, unos golpes que advertían su nerviosismo, su impaciencia por encontrarse en presencia de la muchacha.

—Pasa, Neale. Presiento que eres tú.

Neale entró con precipitación evidente, y este detalle no escapó a la atención de Virginia.

—Tengo miedo, mucho miedo. No deberías haber venido hasta aquí. Te expones demasiado.

—Ya te entiendo—respondió Neale secamente.

—¿Por qué, Neale?

Al verle con un paquete en la mano, Virginia le preguntó qué es lo que llevaba.

—Ropa limpia.

—¡Ah! ¿Y por una camisa has expuesto tu vida?

Pero Neale no llevaba ninguna camisa. Llevaba un paquete que contenía varias de las joyas que unos días antes había entrado ocultas en uno de los aviones de la Compañía.

—¿No las querías? ¡Pues ahí las tienes!—exclamó dando un tono violento a sus palabras.

—No, Neale, te equivocas. Yo no quería que me las dieras, sino que las entregaras a la policía. ¿Vas a hacerlo? Creo que es lo mejor para ti y para todos.

—Lo que te sabe mal, Virginia, es que yo tenga las joyas en mi poder, pues hubieses preferido acompañarme a buscarlas a la caja fuerte, ¿no es eso?

—Naturalmente, yo quería acompañarte, porque tenía miedo de que fueses solo. Tú te arriesgas demasiado...

—No es eso, Virginia. Tú querías acompañarme para que yo terminara como Malik. He de confesarte que yo no podía creer que lo mataran llevándos las pistolas en el bolsillo. Claro, él no temió de una mujer...

—Pero, ¿qué sugieres Neale? ¿Es que crees tal vez que lo he matado yo?

—No es lo que lo crea. Es que estoy seguro. Debiste tener una gran desilusión cuando cogiste el maletín y viste que estaba vacío. Eso significaba que tenías que verme nuevamente a mí para apoderarte de lo que esperabas encontrar en el maletín.

—¿Qué dices? Yo no hice absolutamente nada. Tienes que creerme. Yo te amo y tú lo sabes, y sólo deseo tu tranquilidad, tu felicidad, tu sosiego a mi lado y para siempre.

Para dar más fuerza de convicción a sus palabras, Virginia acercó sus labios a los de Neale, quien no pudo evitar la tentación de besarla.

—Eres irresistible...—tuvo que reconocer.

A Virginia le pareció que ya tenía nuevamente conquistado a Neale y que éste dejaría de insinuar su responsabilidad en todo cuanto había sucedido últimamente. Pero Neale, a pesar de que quería a Virginia, no era hombre capaz de doblegarse. Si tenía la convicción de que ella estaba inmiscuida en aquellos misteriosos casos, no habría de cejar en su empeño de averiguarlo plenamente.

te. Nunca se hubiese resignado a confiar en las palabras —por cariñosas que fuesen, por sinceras que pareciesen— de una mujer que le iba resultando sospechosa.

—He de reconocer que has logrado introducirte en lo más hondo de mi ser —exclamó—. Eres bellísima, sugestiva. Por esa dulce inocencia que revelan tus ojos estuve a punto de creer todas cuantas mentiras has dicho en estas últimas horas; llegué a creer que lo de la emisión matinal era cierto; que lo de tu estancia con Bill en el bar del hotel, el martes por la noche, también era verdad...

—¡Pero si estuvimos los dos en el bar aquella noche...! —respondió Virginia con voz enérgica.

—¡Mentira! Lo he comprobado preguntando a todos los camareros. Ni él ni tú estuvisteis el martes en el bar del hotel. Eso me faltaba saber. Y eso es lo que ya sé.

Y cogiendo fuertemente los brazos de Virginia y clavándole la mirada en la suya, le preguntó:

—¿Quién mató a Bill? ¿Tú y quién más?

—Neale... Pero, ¡estás loco!

—No, no estoy loco, Virginia. Esos brazos no son lo suficientemente fuertes para estrangular a un hombre. Tú tienes un cómplice. ¿Quién es? Vamos, suelta su nombre si no quieres que...

—No lo diré, porque lo ignoro. Yo no sé absolutamente nada de todo eso que me cuentas. ¡Te has vuelto loco de repente!

—Vamos, habla, di. ¿Quién lo hizo? Ya sé que crees que eres demasiado hermosa para que te peguen bofetadas. Esta ha sido el arma que has esgrimido con los hombres que han depositado su entera confianza en ti. Pero esos labios tan bellos, esos ojos tan seductores han mentido una y otra vez. Cuando ellos han creído en ti, los has asesinado fríamente, sin ningún escrúpulo. ¡Vamos, habla!

—Pero, Neale...

Neale le dió una bofetada, sin dejar de retenerla con el otro brazo.

—¿Qué has hecho?

—¡Habla! ¡Tengo que saberlo todo! —exclamó Neale furio—

so—. ¿Con quién trabajas? ¿Quién te ayudó? ¿Quién fué tu cómplice? ¿Quieres que te lo haga decir aunque tenga que destrozarte? Y descargó otra bofetada en su mejilla.

—Por favor, Neale: ¡Respétame...! ¡Soy inocente...!

—Te respetaría si lo merecieras. Pero tú sólo mereces eso, ¡Dí quién fué el asesino...! No quisiera hacerte nada más, pero no cesaré de pegarte si no me das su nombre.

Cuando Neale tenía ya la mano levantada para darle una tercera bofetada, Virginia se la contuvo.

—No, por favor, Neale. Te lo diré. Fué Eric...

—¿Eric? ¡Lasser...!

—Sí, Eric Lasser — terminó por confesar —. No pude evitar la muerte de Bill. Tienes que creerme, Neale. Traté de acabar con Eric mucho antes de conocer a tu amigo Cunningham. Pero ya no podía hacerlo. Era parte del negocio...

—Ya lo comprendo. Embaucando a los pilotos con tus promesas de amor eterno, de felicidad eterna. Así lograbas que ellos te dijeran algo si las cosas no marchaban bien.

—Pero mi intención — trató de excusarse Virginia ante las brutales acometidas de Neale — no fué la de hacer daño a Bill Cunningham, ni que nadie se lo hiciese. La noche de su asesinato, Bill, al salir del «Chalgarío», quería llegar hasta el aeropuerto para recoger su cartera de documentos y un paquete de ropas que había dejado en el hangar. Yo ignoraba que Lasser estuviese allí. Cuando llegamos, sorprendimos al dueño de la sala de juego con un indio colocando una partida de contrabando en uno de los aviones de la Compañía Calcuta-Chungking. Tuve que confesar a Bill.

—¿Cómo? ¿Con una pistola? — gritó Neale, imaginando la escena del aeropuerto.

—Sí. Tenía que evitar que avisase a nadie. En aquel momento yo no sabía qué hacer. Pero nunca creí que Eric llegase a asesinarle.

Virginia se puso a llorar evocando aquellos trágicos momentos. Pero Neale no quería dejarse conmover por aquellas lágrimas.

—Deja de llorar y sigue hablando— exclamó, dispuesto a desentrañar, por fin, el misterio.

—No puedo... El rimmel me escuece los ojos. Tendré que ir a buscar el pañuelo...

Deshaciéndose de los brazos de Neale, Virginia se fué hacia la cómoda en la que guardaba sus ropas; pero el muchacho comprendió que la intención de ella era sacar la pistola. De un salto se fué hacia la muchacha. En efecto, en la cómoda había una pistola escondida.

—Vamos, dame esa pistola. Esta vez he sido más listo que tú.

En aquel instante apareció Lasser en el quicio de la puerta de la habitación. Iba también armado. Al ver que Virginia tenía todavía la pistola en la mano, exclamó calmadamente, sin dejar de apuntar a los dos:

—¡Qué atrevida eres! ¡Vamos, deja esa pistola! ¡Levanten las manos!

Y dirigiéndose a Virginia dijo, sin perder la sangre fría que le caracterizaba:

—¡Levanten las manos! ¡Tira la pistola! Ella siempre tuvo mucho carácter. No deberían pelearse por una cosa que no pertenece a ninguno de los dos. ¡Lo que una mujer es capaz de hacer por unas joyas...! Virginia... tú eres una muchacha inteligente y no deberías haber intentado deshacerte de mí, ni siquiera por todo eso. ¡Es tan poco comparado con tu vida...!

Con un gesto rápido, Neale arrebató la pistola que Virginia —atónita y miedosa ante la gravedad de la escena— tenía todavía en la mano y descargó unos tiros contra Eric Lasser, quien se desplomó pesadamente por el suelo. Ya no podía defenderse. Lasser había muerto instantáneamente.

Virginia respiró. Pensó que con sus encantos físicos, y librada de un adversario tan peligroso como era Eric Lasser, podría convencer a Neale de su inocencia o, por lo menos, de su involuntaria participación en todo aquello. Pero Neale no quiso dejarse seducir una vez más por Virginia. Cogió el aparato telefónico y rogó al empleado de la cabina del hotel:

—Póngame con el Departamento de Policía.

—No, Neale, tú no me denunciarás — gritó Virginia, arrojándose en sus brazos—. Tú no permitirás que me detengan... Tú sabes que yo te quiero apasionadamente.

Pero era inútil, Neale ya no podía creer en su sinceridad.

—Amarme; pero... ¿y esas pistolas que tienes en tu cajón? Algún día las cogerías para acribillarme a tiros, como hiciste con Malik, como permitiste que hicieran con Bill Cunningham, de quien también estabas enamorada locamente... No creo que a tu lado yo tuviese una sola hora de reposo.

—Alguien se había puesto al aparato.

—¿Es usted Kendrick...? ¿No...? Póngame con Kendrick...

Virginia intentó aprovechar aquellos segundos que le quedaban para tratar de convencer a Neale de su inocencia. Pero ya no era posible.

—Tienes que responder también de la muerte de Malik y...

—¿No dijiste que estabas loco por mí? — inquirió ella, con la esperanza reflejada en su rostro.

—No tanto... ¡Diga, diga, Kendrick! Aquí Neale Garrett Gordon... Bueno, ya puede dejar en libertad a Peter Blake... Sí, sí... Los culpables son Eric Lasser y la señorita Virginia Moore. Calle Bareda, 39... Sí, aquí estaremos.

Colgó el aparato y dirigiéndose a Virginia le rogó secamente que se vistiera.

—Puedo escaparme por la ventana... — insinuó la muchacha.

—Tú te quedas aquí, conmigo.

Pocos segundos después apareció el comisario en la habitación 312 del Hotel Imperial.

—Señorita Virginia Moore —exclamó secamente el comisario—, tengo que advertirle que cualquier cosa que diga será utilizada como prueba en contra suya. ¿Me ha entendido?

—Sí — respondió ella levemente.

El jefe de policía se dispuso a detener a Virginia Moore. Ella seguía con la íntima confianza de que Neale, al verla en tan difícil situación, recapacitaría, movido por su amor, y evitaría que aquella se complicara. Pero el muchacho no hizo el más leve gesto que pudiese ser interpretado como deseo de impedirlo.

—Entonces, ¿vas a dejar que me detengan, que se me lleven?

—No hay más remedio.

Virginia miró fijamente a Neale y, sonriendo amargamente, dijo con un tono no desprovisto de ironía:

—Hubiera sido una lástima tener que matarte.

Pero el jefe de Policía tenía prisa y cogiéndole un brazo la invitó a seguirle.

### EL TRIUNFO DE NEALE GARRETT

Peter Blake fué puesto en libertad y su lugar en la cárcel fué ocupado por la seductora Virginia Moore.

Entretanto, Marina Tanev — la danzarina rusa — y Neale Garrett Gordon se hallaban en uno de los barracones del aeropuerto. El aviador iba a emprender uno de sus viajes.

—Toma, Neale —exclamó Marina dulcemente—, aquí tienes la otra camisa que te olvidaste. Dale a Peter su paquete. ¡Oh, Neale, cómo me alegro de que vuelvas a volar...!

Neale la contempló con unos ojos que revelaban su amor por ella, y acariciándole los cabellos murmuró:

—Aun no tienes los cabellos blancos, Marina...

—Estás mucho más seguro bregando con las montañas, con esos picos tan altos, que con las mujeres — afirmó la bella muchacha.

A Neale sólo se le ocurrió decir:

—Eres una chica buenísima...

Y le dió un beso que era una solemne y emocionada promesa de amor eterno.

FIN

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(Serie Alfa)

2'50 ptas.

Quedado con lo que ha-	Michael Redgrave
cos.	Paul Lukas
Por la dama y el honor	K. Hepburn
Maria Estuardo	Gene Raymond
La preferida millonaria	James Cagney
Los peligros de la gloria	Ann Sothern
La bella rebelde	Don Ameche
Buscando fama	Jenny Jago
Una mujer imposible	Victor Francien
El hombre del Níger	Hugh Sinclair
Estrafes en luna de miel	Cable - Colbert
Fruto dorado	Mickey Rooney
Andrés Harvey, tenorio	Arnando Falconi
El secreto del marqués	Ana Níagla
Irene	Franchot Tone
Una hora en blanco	Charles Boyer
La batalla	F. Bartholomew
La familia Robinson	J. Craig - L. Ball
El valle del sol	M. Hopkins
Quien conquista a la	Menjou - P. Negri
mujer	
Casados sin casa	Grete Garbo
La mujer de las dos ca-	J. MacDonald
ras	Joan Crawford
Luna llena	Joan Crawford
La hora radiante	Joan Fontaine
El signo de la cruz	Joan Arthur
Cuando ellas se encuen-	Anna Shirley
tran	Lupe Vélez
El rapto de Laura	Victor MacLaglen
Una chica se divierte	Fernando Soler
El Club 400	Ronald Colman
Una mujer endiablada	William Holden
La vuelta del Rana	Ch. Laughton
El gran jefe	
Cuando los hijos se van	Diana Barimore
Otra vez más	Jean Arthur
Juventud ambiciosa	Diana Durbin
El sospechoso	Ira Miranda
Matrimonio de inconve-	C. Colbert
nencia	
Una chica afortunada	
La dama del tran	
Documento Z. 3	
Zazá	

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carral
Rutas internacionales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kit Carson	John Hall
La ruta del Este	John Ayr
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo es Michaa-	
sán!	Tito Guizar

«Serie especial»

3'50 ptas.

Cuando quiere un mexi-	
cano	
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Banderas	Jorge Negrete
Parlura	

«Serie especial»

3'50 ptas.

Jorge Negrete (Biogra-	Jorge Negrete
fía)	Jorge Negrete
La cámara diabólica (1.ª	
parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte	
(2.ª parte)	Flash Gordon
La Dolores	Arturo Godoy
Tarsan de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Cary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Dennis O'Keefe
[Ay Jalisco, no te xrias]	Jorge Negrete
También somos seres	
humanos	Burgess Meredith
La venganza de Logan-	
dere	Jorge Negrete
Camino de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Estrafes mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo
Morenita Clara	Evita Muñoz
	(Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial»

4 ptas.

El Ametrallador	Pedro Infante
[Viva mi daughter!]	Pedro Infante
Como México no hay	
dos	Tito Guizar
1.ª	Stil Jarrel
El fanfarrón	Jorge Negrete
Una canción en la noche	Domingo Soler
Aladino y la lámpara	
maravillosa	Cornel Wilde
Mujeres	Joan Crawford
Gran Casino	Jorge Negrete
Hombres de presa	John Wayne
El mundo celestial	Hedy Lamarr
El shijado de la muerte	Jorge Negrete
Los tres Carías	Pedro Infante
El verdugo	Margarita Andrey
Noche eterna	Henry Fonda
Pasión que rodimo	Hedy Lamarr
Nunca te olvidaré	Irene Divine
Noche y día	Cary Grant
El barco de la muerte	Glenn Ford
Paula	Glenn Ford
Perla maldita, Sherlock	
Holmes	Basil Rathbone
Fantomas contra fanto-	
mas	Aime Clariond

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial»

4 ptas.

Don Quijote de la Man-	
cha	Rafael Rivafles



# CANCIONERO

de  **Editorial ALAS**

1 peseta

NEGRETE  
IRMA VILA  
LA RIOJANITA  
MARIA ELVIRA  
JUANITA REINA  
NIRO ALMADEN  
HUGO DEL CARRIL  
MANOLO SEVILLA  
NIÑO DE ORIHUELA  
CARMEN MORELL  
EL PRINCIPE GITANO  
MIGUEL DE LOS REYES  
MARGARITA SANCHEZ  
RUISEÑORES DEL NORTE  
TOMAS DE ANTEQUERA  
IMPERIO ARGENTINA  
GRACIA DE TRIANA  
IMPERIO DE TRIANA  
MONIQUE THIBAUT  
JOSE LUIS CAMPOY  
ALFONSO GUERRA  
PEPE MARCHENA  
ALICIA MUÑOZ  
LOLA FLORES  
JOSE MARIA



RAFFLES  
ANGEL SANZ  
PEPE BLANCO  
JUANITO PERA  
CARLOS GARDEL  
ANTONIO AMAYA  
CARMEN FLORIDO  
ANTONIO MACHIN  
LA GITANA BLANCA  
MANOLO CARACOL  
NIRA DE LA PUEBLA  
JUANITO VALDERRAMA  
CORALILLO DE GRANADA  
LOS MEJORES CANTARES  
(VIVA EL FOLKLORE)  
ANTONITA MORENO  
HERMANOS VIANOR  
CONCHITA PIQUER  
CARDOSO (Tango)  
RAQUEL RODRIGO  
CARMEN SEVILLA  
GLORIA ROMERO  
PEPITA LLACER  
LOLA ALEGRIA  
LOS PONCHOS  
LUIS ARAQUE

2 pesetas

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés - Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila - Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Soda - Arriba Va - Estrellas de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco - Mario Visconti - Ritmos cubanos - Grandes figuras del folklore - Carlos Gardel - Paquita Rico - Agustín Irusta - Antonio Amaya - Cancionero Internacional - Chavallillos de España - Boleros de moda - Melodías de hoy - Juanito Valderrama - Xavier Cugat - Ramón Evaristo - Bonet de San Pedro - Melodías de color - El Gran Israel - Juanita Reina.

---

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Artas Gráficas Sotillo - Valencia, 234

4 ptas.